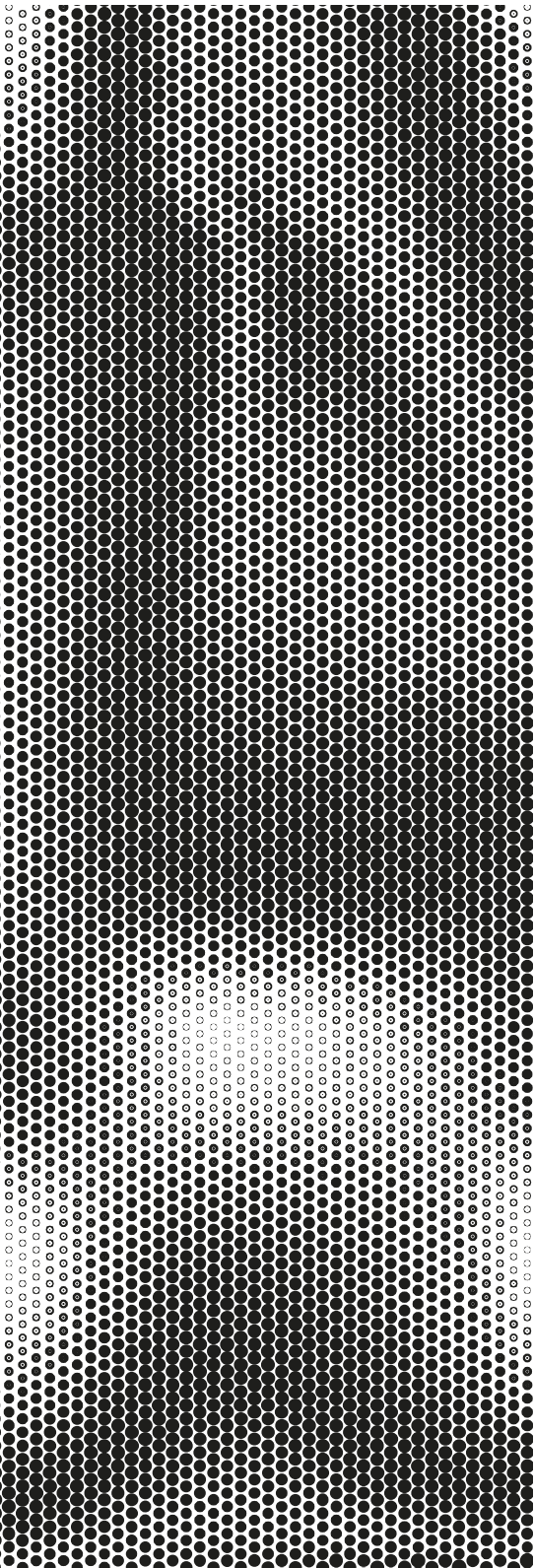


CONTRAVIENTO

CENTRO CULTURAL

CONTRAVIENTO.COM.AR

RODRÍGUEZ 721
ROSARIO



TRANSMEDIA

PANORAMA NEGRO

La escritura es una forma de ordenar ideas, también es una forma de desordenarlas. Escribir es una forma de pensar porque no hay ideas previas a la escritura. Por eso y por otras cosas, Panorama negro es una plataforma de escritura que busca transformarse en una red de conversaciones. Nueve textos para pensar en común un presente complejo. Esta primera publicación de nuestro centro cultural está dirigida a quienes leen escribiendo, a quienes escriben leyendo, a quienes no temen, en búsqueda de un futuro un poco más claro, sumergirse en la oscuridad.

En esta primera edición: , Paula Puebla, Martín Stoianovich, Marco Mizzi, Lorena Álvarez, Laura Hintze, Eugenia Mitchelstein, Hernán Vanoli, Bárbara Pistoia y Andrés Mainardi.



**LITERATURA,
NEGRITA**

P. 03

Por Paula Puebla



**EN LO OSCURO BRILLAN
CUENTOS**

P. 07

Por Martín Stoianovich



**PLATA
NEGRA**

P. 12

Por Marco Mizzi



**SON NEGROS TODOS
LOS COLORES**

P. 18

Por Lorena Alvarez



**TODO LO QUE NO SEA BLANCO
ES DE ALGUNA FORMA NEGRO**

P. 24

Por Laura Hintze



**A TRAVÉS DE UNA
RED OSCURA**

P. 30

Por Eugenia Mitchelstein



**IMAGINACIÓN
NEGRA**

P. 35

Por Hernán Vanoli



**LO NEGRO
PREVALECE**

P. 42

Por Bárbara Pistoia



**AGUJERO
NEGRO**

P. 47

Por Andrés Mainardi



LITERATURA, NEGRITA

Por Paula Puebla

1.

Negra, Negrita. Así me llamō desde bebē y así me llama al día de hoy Lujān, la mujer que me criō. Lujān, la mujer que me criō, es algo así como una segunda madre, una madre segunda, de oficio. Oficiō de madre no porque mi madre biolōgica no estuviera ni estē presente sino porque mi madre, primera profesional en su familia, trabajaba todo el día entre audiencias, expedientes y consultas. Sus vocativos se abstuvieron de toda pincelada plebeya, y se limitaron al nombre elegido y consensuado con mi padre. Solo en ocasiones, convocaba mi atención con un diminutivo: Paula, Paulita.

2.

Mi madre, la biolōgica —¿la biolōgica es la primera madre?— nunca me llamō ni me hubiera llamado Negra o Negrita. Tampoco recuerdo que Lujān, la madre de oficio, me haya llamado Paula o Paulita. Tuve dos madres y es la primera vez que escribo esto.

3.

Entonces en el principio fue el nombre pero tambiēn fue el apodo. Ambos sonaron en mis oīdos como formas, anālogas pero alērgenas, de designar, de evocar, de convocar. Siempre adyacentes, nunca juntos, jamās superpuestos. Es uno o es otro: la fricción hace a la convivencia.

4.

La historia oficial es definitivamente blanca. No solo blanca porque se escribe en las hojas ahuesadas de los formularios, en las partidas de nacimiento, en los boletines escolares, sobre las cartulinas solemnes de los diplomas. Es blanca porque se rubrica desde arriba. Con el deseo de una madre, con la elección de un padre, producto de la casualidad, el descuido o el mero accidente, esa narración comienza a desplegarse en las ramas que en el árbol genealógico están justo por encima de la nuestra. ¿Cuál es, en verdad, el principio?

5.

Sin embargo, quiera o no, la literatura de nuestra vida proyecta una zona borrascosa de bordes imprecisos, porosos, inasibles. De manera indefectible, al frío de la sombra parda, crecen las páginas de lo que los registros, por naturaleza, insisten en no alojar. Páginas que no son páginas, sino pedazos de hojas arrancadas de cuadernos, márgenes de diarios escritos en birome, las notas apuradas del psicoanalista, esquelas y garabatos de ideas en el teléfono celular, subrayados. Como el apodo, la literatura negra aparece en los rincones afectivos y azarosos de la plebe, como una fuerza incontenible, indisciplinable, fuera de cálculo: surge desde abajo.

6.

"Certeza devastadora: al final nadie sabe quién es".¹

7.

Me gusta no saber, me gusta el no saber. Me gusta la presunta devastación que produce, el agujero que es capaz de dejar en la certeza una pregunta formulada con intrepidez, un comentario al pasar que desconfié de lo que está a la vista, el ejercicio de humildad que demanda decir "no sé". Hay algo atractivo en las curvas de los signos de interrogación, en la suspensión de las verdades blancas. Dudar es el oficio de la sensualidad, dudar es bancarse la tentación de correr el velo, dudar es hacer las paces con la opacidad. Es en cierta medida una fatalidad: la aceptación de nuestra propia nimiedad.

8.

"La duda es escribir. Por lo tanto, es el escritor también".²

9.

¿Soy escritora? Debo serlo. Porque no sé donde termina el Paula y empieza el Negra. Porque escribo para desenredar los cables de mi historia solo que, a medida que avanzo en la tarea, las preguntas no se contestan: se multiplican. ¿Soy escritora? Debo serlo. Porque no sé decir que lo soy. Decirlo —soy escritora— es clausurar una interrogación que tiene más valor mientras permanece con vida. ¿Debo serlo? La flor de la polisemia: el deber como mandato, el deber como deuda.

10.

¿Cuándo un escritor decide que será escritor?³

11.

No lo sé. Solo puedo reponer, no sin dificultad, cómo me dejé engullir por la boca hambrienta de la literatura. Era adulta, ya tenía una carrera, había estudiado y mis trabajos me parecían una mierda. Un día abrí un blog, lo llené de textos arrebatados, otro día lo cerré. Leí con sed libros disímiles por todos los años que había perdido sin hacerlo. Las opiniones se convirtieron en ideas que se transformaron en textos. Las imaginaciones se volvieron imágenes que se edificaron como escenas. Y entonces escribí una novela.

12.

El deseo vino desde abajo. Cuando, al fin, tenía algo para decir.

13.

"Dejá que macere tu rencor, el resentimiento puede ser la base más sólida para la creación".⁴

14.

Publiqué mi primera novela cuando tenía 33 años y, aunque mientras escribo este texto no me imagino haciendo otra cosa hacia adelante, cada tanto, los caminos sinuosos de la literatura y su mercadeo estridente, me hacen derrapar. El mundo es hostil hasta en las actividades más nobles, tal vez desde que la competencia reemplazó al compañerismo y la camaradería. Las imágenes del éxito son embarazosas. Hay escritoras jóvenes, con plata, con títulos traducidos, adaptados a la pantalla grande y a la no tan grande. Hay escritoras que ocupan el centro, que agotan sus tiradas como si las páginas de los ejemplares estuvieran en blanco —y en gran parte lo están—, son simpáticas, tienen pelo lacio y juegan a ser oscuras porque toman cocaína con actores famosos y se besan con otras de su clase. Ganan becas y premios, dan bien en las fotos y ofrecen las declaraciones correctas, sin riesgos. En general, esas escritoras dicen lo que es la literatura. Que la conciencia de sí la padezcan las demás.

15.

Si la literatura es una escena detonada por las urgencias de la lógica del mercado, entonces ¿Para qué escribo? ¿Por qué me tomo el esfuerzo? ¿Qué estoy haciendo con la funda que es mi vida? ¿Acaso no hay para mí otra forma de conjurar la muerte? ¿Y si me dedico a otra cosa que al menos me garantice una vida material digna?

16.

Incluso si no soy capaz de imaginar nada distinto hacia adelante, incluso si escribí más libros después del primero, sueño más con abandonarlo todo y menos con abandonar el margen, la periferia, el lenguaje frío de la sombra. Sueño con estar presente en los actos sencillos de la cocina, con picar una cebolla o rebanar una zanahoria sin estar pensando en cómo mejorar tal párrafo. Sueño con andar en bicicleta y oír el ritmo de mi respiración, exenta de la tensión de un diálogo entre dos de mis personajes que se pelean por amor. Sueño con leer una novela sin identificar los recursos o vicios de su autor, con ver las noticias y no descubrir que escribí antes sobre esos mismos sucesos. Sueño con olvidar, sueño con irme a negro.

17.

Pero la literatura no me abandona, es una especie de madre. ¿Acaso la tercera? Tengo tres madres y es la primera vez que escribo esto.

1. El affair skeffington, María Moreno.
2. Escribir, Marguerite Duras.
3. Avellaneda profana, Luis Guzmán.
4. La lección del maestro, Jorge Asís.



Paula Puebla es escritora y ensayista del Conurbano Bonaerense. Autora de *Una vida en presente* (17 grises, 2018), *Maldita tú eres* (17 grises, 2019) y *El cuerpo es quien recuerda* (Tusquets, 2022). Dicta talleres de narrativa y colabora en medios digitales con artículos sobre política y literatura.



EN LO OSCURO BRILLAN CUENTOS

Por Martín Stoianovich

Llega un mensaje de WhatsApp donde dicen que se viralizó en la fuerza un video íntimo de un policía. Al rato aparece el video con el típico *reenviado muchas veces*: tres segundos en los que se filma un celular que reproduce el primer plano de uno de los policías más importantes de Rosario.

— Ay, lo habrán visto todos ya. Ese video anda por todos lados. Dice una mujer, también policía, mientras filma la pantalla que reproduce el video desde un grupo de WhatsApp de la propia división en la que trabaja el comisario supervisor viral.

A esos mensajes le siguen otros, también reenviados tantas veces: "Ultra real", dice el primero al que lo acompaña una foto del hombre en cuestión con su uniforme, seguido de su nombre completo, su cargo y *su apodo de guerra*. "Jefes eran los de antes", dice el último texto rubricado con cuatro emojis que ríen.

Tiene toda la pinta de una jugada sucia en un ambiente violento con propios y ajenos. Un ambiente que también se codea con otros, por lo cual el contenido viral se expande por fuera de la fuerza y habilita una principal hipótesis: es otra maniobra a descifrar de la policía santafesina.

Los días pasan y continúa viralizándose contenido cargado de humillación, no en lo que se circunscribe a la intimidad de una persona sino en el sentido burlón que le imprimen los policías que hacen correr más



imágenes y memes. A alguno se le ocurre que es una idea grandiosa mandar un mensaje a una de las radios más escuchadas en la fuerza.

— ¿Quieren un mensaje en clave? "M. soy tu escorpión, desbloqueeame por favor, que el video no nos condena".

— Epa ¿de qué estamos hablando?

La locutora lo lee y en el diálogo con sus compañeros demuestran no saber ni de dónde viene ese mensaje ni hacia dónde va. Ni se imaginan que se trata de un policía, ni que se cuenta que fue por una bronca con sus colegas por un tema del narco. El contenido genera un recorte de audio de 30 segundos que vuelve a viralizarse. Reenviado muchas veces.

**

La historia transcurre en una ciudad inentendible y tal vez también inexplicable. Injusta para al menos un ser querido de cada una de las 258 personas asesinadas durante 2023. Paradigma de la política de seguridad pública para quienes aseguran que lograron disminuir un 50 por ciento la cantidad de homicidios en la primera mitad de 2024. Terrorífica hasta la parálisis comunitaria, como ocurrió en marzo con el asesinato de cuatro hombres en sus puestos de trabajo. La misma de siempre para aquel que, a pesar de todo, tendrá un día de mañana muy parecido al de ayer.

Rosario es bellísima. Los días claros transcurren en su mayoría con el sol puesto por encima de las islas. Un horizonte amplio y luminoso que, siempre que no arda el humedal, ayuda a encontrar oxígeno. Es linda en otros rincones y sentidos, hay para cada gusto y forma de vida. Pero también es oscura. En Rosario mataron a un músico que salía de ensayar y fue secuestrado al voleo para dejar junto a su cadáver una nota a gente que no tenía nada que ver con él. Han muerto pibitos sin escuela acribillados por ser soldaditos, o alumnos de jardín de infantes que quedaron en medio de balaceras. Existió un dizque empresario que abrió un Esperanto al que cuando trascendió que era narco se lo cerraron y después lo mataron en un homicidio todavía impune. La Justicia le ha ofrecido seguridad a testigos protegidos que cantaron hasta el arroz con leche y terminaron muertos. La policía fue a buscar a uno de los narcos más conocidos a su casa, y al entrar halló un centenar de cajas de alimentos para comedores comunitarios con el sello de un área municipal cuya oficina se incendió un día después.

Y lo oscuro puede ser inabarcable. Rosario parece serlo. Hay quienes se cansaron de tratar de explicarla en universidades, congresos y entrevistas. Con diagnósticos que quedaron anticuados ante un fenómeno que cambió mucho en muy poco tiempo y largó tantos tentáculos. Hace diez años, incluso cuando empezaba a implosionar cierto esquema de gestión del crimen por un par de asesinatos muy precisos e impunes, las broncas entre transeros dejaban menos muertos que los *conflictos interpersonales*: cualquiera que tenía un fierro solucionaba su bronca matando al que tal vez era el único otro interesado. Con el paso de los años aquel estallido expandió su efecto sobre un mercado desregulado y atomizado, los homicidios con trasfondo narco crecieron al punto de que el relato oficial los empezó a definir como *en contexto de economía ilegal u organización criminal* y en el último registro anual implican un 46 % del total.

En lo oscuro brillan cuentos como *La observación de los pájaros*. *El Negro Fontanarrosa* se mete en los pasos de un *canaya* que cree que su corazón



no va a aguantar otro clásico contra los *leprosos* y prefiere no verlo ni escucharlo. Camina por una ciudad vacía y pendiente, buscando sin querer señales del partido en cada movimiento – cree ver algo en *la interpretación del vuelo de los pájaros*– para terminar enamorado de la vida, aunque envejecido, por un empate sobre la hora que le canta un conocido en la calle. Otra Rosario, que no imaginaba al jefe de la barra de uno de los equipos como un empresario repleto de recaudaciones ilegales, ni al capo de la barra del otro asesinado a tiros al igual que varios de sus sucesores. Todos como parte de alguno de los engranajes que mueve a pibitos no por colores sino por pertenecer a algún grupito de choque con alcance en otros líos callejeros.

La luz, incluso cuando busca abrirse lugar por la fuerza, encuentra límites tan sombríos que la apagan. El consenso social, tal vez el político también al menos desde el discurso, en varias ocasiones apuntó *al caiga quien caiga*. Un ejemplo: la investigación sobre una red extorsiva del juego clandestino que para la violencia usaba la misma mano de obra que el narcotráfico; se llevó puesto a un empresario, a un ex comisario, a un fiscal local y a un fiscal regional. Pero se topó con un límite cuando, ante la pretensión de ir por un senador provincial, ahí la Legislatura lució sus fueros.

El 4 de mayo de 2023, bien temprano, aparecieron dos cadáveres totalmente acribillados en un camino rural de Villa Gobernador Gálvez. Para entonces habían sido asesinadas 110 personas en lo que iba del año, que terminó con 258 homicidios en el departamento Rosario y superando toda cifra de períodos anteriores. Esa misma mañana habían baleado una casa de la zona sur, donde los tiratiros dejaron un cartel: le avisaban al entonces gobernador que un funcionario penitenciario había hecho "explotar Rosario" para favorecer al candidato de la oposición.

En Rosario aplica muy bien aquello de no aclarar porque oscurece. Desde hace al menos siete años aparecen mensajes escritos en papeles junto a cadáveres o en lugares baleados. Los que se ocupan de seguir esas pistas más de una vez advirtieron que en algunas ocasiones son tan directos y literales que estremecen. Otras, mucho más amañadas, buscan desviar investigaciones, incriminar rivales o decir algo entrelíneas solo para entendidos.

**

El 10 de diciembre pasado el actual gobernador asumió su cargo después de hacer una campaña atravesada por el tema seguridad: diagnósticos, compromisos y rémoras de su gestión como ministro de esa área en el período 2015–2019. Dos días después el gobierno anunció requisas en la cárcel de Piñero, sobre todo en los pabellones de los presos vinculados al crimen organizado. La movida se difundió en cuentas oficiales de redes sociales: un video musicalizado con heavy metal que parece un tráiler de *policías en acción*.

Horas más tarde balearon un banco de la zona sur y un hospital. En los dos lugares aparecieron notas con mensajes dirigidos al gobernador. "No te metas con el pabellón 9 de Piñero. Así como matamos un policía te vamos a matar tu familia". "Hacé caso. El Ministerio no va a proteger a tu familia. La vamos a encontrar. Atte: La banda 9 Pinolandia ATR".



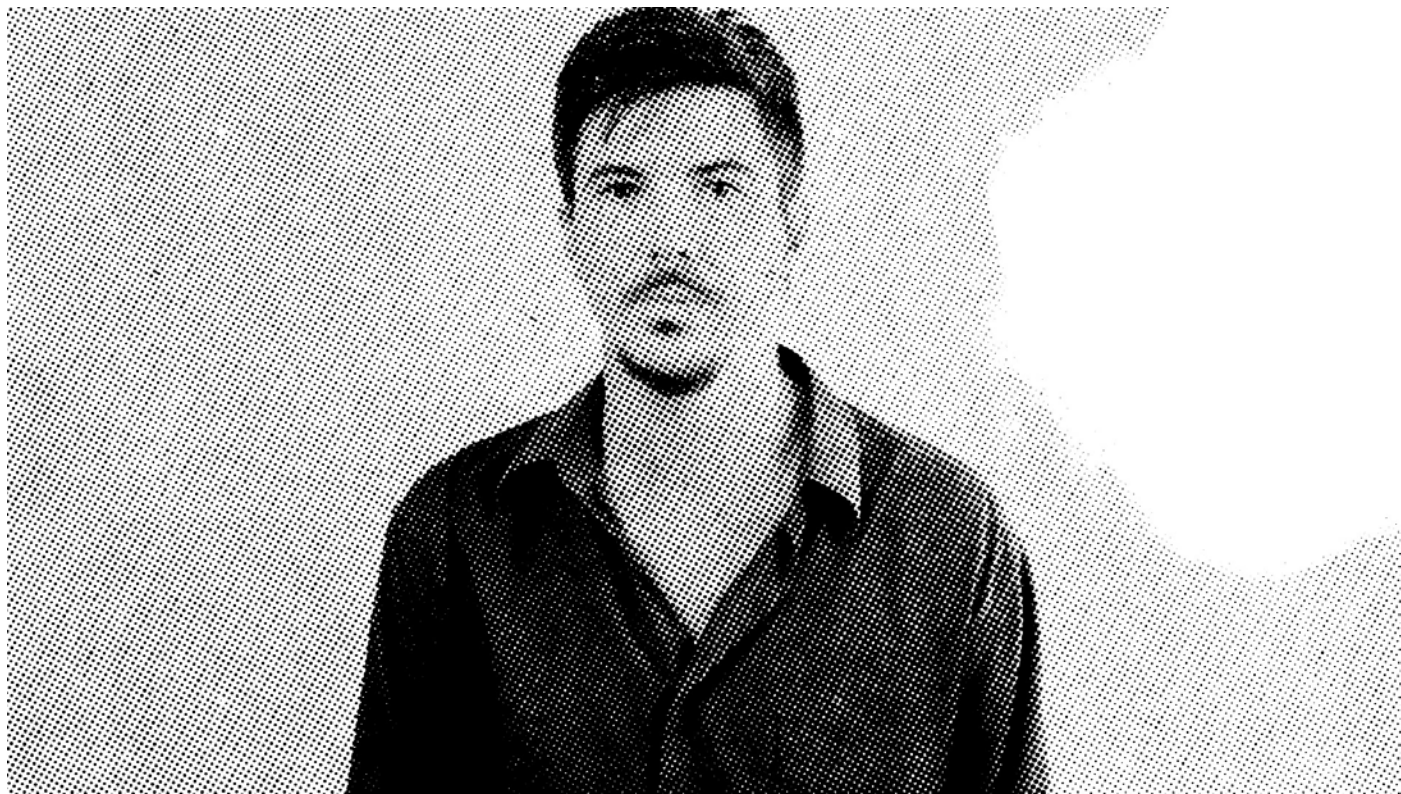
El revuelo que se generó fue lógico, acorde a la gravedad que suponía un atentado con amenazas al gobernador. La respuesta también fue congruente: el gobernador se reunió con la Ministra de Seguridad nacional y anunciaron un operativo conjunto; más tarde hicieron 47 allanamientos en domicilios vinculados a los presos de los pabellones que habían sido requisados en Piñero. Los días siguientes se repitieron ataques similares, también con interpretaciones oficiales a la altura de las circunstancias. Dijeron que fueron represalias por las restricciones a los presos.

Sin demasiadas novedades sobre estos casos, el 31 de enero dos policías del Comando Radioeléctrico informaron la detención de un tipo al que, aseguraban, le habían encontrado un bolso con tres pistolas y un cartón con un mensaje amenazante a la Tropa de Operaciones Especiales. Los peritajes sobre esas armas arrojaron un resultado alarmante: coincidían con las usadas en al menos seis atentados con mención al gobernador y otros funcionarios.

El fiscal a cargo de investigar se aprontó para dejarlo preso e imputarle portación ilegítima e intimidación pública, pero el tipo se puso duro con su explicación de que le habían plantado las armas. Respondió a todas las preguntas y logró apuntar las sospechas contra los policías: una semana después el asunto se dio vuelta y tres agentes quedaron presos. Los dos del Comando que habían plantado las armas y uno que trabajaba en la Oficina de Gestión Judicial, que fue el que las consiguió y se las dio a los otros dos junto con el cartel con una amenaza escrita. No se las intentaron encajar a cualquier tipo sino a un miembro de un grupo narco barrial.

La hipótesis del fiscal es que hicieron ese trabajo bajo el acuerdo de recibir cinco millones de pesos. Que las armas habían sido plantadas para incriminarle los atentados a aquel grupo y favorecer a uno rival que había perdido unos 200 kilos de marihuana y el territorio de un búnker derribado por la nueva ley de microtráfico. El operativo de ese secuestro, según la versión oficial, surgió de una denuncia por un robo: cuando la policía fue al lugar alcanzó a uno que salió corriendo y se metió en el búnker. Un clásico blanqueador de procedimientos policiales. En aquella oportunidad a cargo de un policía al que tiempo después le jugaron sucio.

Los agentes que plantaron las armas quedaron presos y fueron imputados. Horas antes ocurrió algo clave: el jefe de la banda a la que buscaban incriminar fue asesinado a tiros. De entonces para acá la causa quedó ahí y ese letargo permitió interrogantes: ¿desde cuándo esas armas estuvieron en manos de policías?, ¿tuvieron ellos alguna participación en los atentados con mención al gobernador que después buscaron incriminar a una banda narco?, ¿cuál fue el verdadero objetivo de esos ataques?, ¿por qué no se repitieron una vez que cayeron?, ¿hasta dónde llega la corrupción policial en esta ciudad narrada con más preguntas que certezas?, ¿cuánta es la oscuridad si nadie responde?



Martín Stoianovich nació en 1990 en San Nicolás de los Arroyos, y desde 2008 vive en Rosario. Es Licenciado en Periodismo por la Universidad Nacional de Rosario. Fue colaborador del diario Rosario 12, edición local de Página 12, desde hace varios años es redactor en el diario La Capital. Publicó junto a la Editorial UNR el libro ¿Quién cavó estas tumbas?



PLATA NEGRA

Por Marco Mizzi

"En la vida espiritual es necesario despojarse, desasirse de lo que estorba (...) Es un acto, un hábito y un proceso de conversión continua que se llama ascetismo (...) No hay que reducir la ascética sólo a la penitencia, la mortificación, la exigencia y el sufrimiento. Porque eso es identificar el medio con el fin"

P. Eduardo Casas

Pepe Recabarren invitó a la barra a comer guiso de lentejas. Es viernes: llego temprano y ayudo a picar los ingredientes. Cebolla, ajo, verdeo, puerro, zanahoria, apio, calabaza, camote, papa, chorizo, panceta, salchicha, mondongo, costilla de cerdo, falda. Completito.

Van cayendo los invitados, destapamos un vino. Después otro. Y otro. Compartimos la picada charlando de todo sin profundizar en nada. Cuando el guiso está casi listo, Pepe pone sobre la mesa una horma de romanito y comienza a rallarlo. Alguien descorcha otro tubo. Ahora hablamos a los gritos.

Es la hora de comer. Pongo un puñado de queso arriba de mi plato, lo pienso y le agrego un poco más. Momento culmen. Bicicleta en bajada. Provecho y al buche.

Después del Carnaval, llega la Cuaresma. Cuando el último pancito termina de limpiar la vajilla, la charla está extinta. Prendemos cigarrillos. La modorra nos va ganando.

En un intento de conjurarla, uno de los muchachos, Rodrigo Barroso, destapa un torrontés. Y recita con voz pastosa un poema. No le prestamos mucha atención. Pero los últimos versos me quedan resonando. Dicen así: *"como buen negro con plata/me gustaría hacer que algo/durara más que Dios"*.

Pepe sirve el postre: un chajá y tres gramos de cocaína.

El Evangelio del domingo que sigue al guiso es Juan 12. Al escucharlo no puedo evitar pensar en el poema de Barroso.

Resulta que dos días antes de ser crucificado, Cristo y sus apóstoles visitan la ciudad de Betania y van a la casa de Lázaro, el tipo que resucitó.

Lázaro tiene dos hermanas. Mientras una –Marta– prepara la cena, la otra –María– está sentada con los varones, discutiendo sobre el Reino de los Cielos. En un momento, conmovida por las palabras de Jesús, María se levanta, agarra de un aparador un frasco de perfume y lo rompe en los pies de Cristo.

Los discípulos se ponen como locos. Judas, que mañana va a entregarlo, está especialmente furioso.

—Pero cómo puede ser— dice. —¿Por qué este derroche? Con lo que vale ese perfume una familia pobre podría haber comido durante semanas. María, avergonzada, calla. Cristo trata de aguantarse las ganas pero no puede con su genio:

—Cortenlá. A los pobres los van a tener siempre. A mí, en cambio...

Dos noches después, estará muerto.

El lunes lo veo a Ricardo Darsi. Es un amigo que se fue a vivir a Villa Mugueta. Cría aves de corral y vende alimentos agroecológicos en el centro de Rosario.

Lo cruzo en un almacén a la vuelta de la oficina, apilando pollos, que carneó esa misma mañana, en un freezer. La imagen me resulta divertida porque Ricardo, aunque genera su propia electricidad con paneles solares, no tiene heladera. Es una elección. Dice que le ayuda a llevar una vida más frugal.

—No me tiento, no derrocho, no acumulo. Vivo con lo justo. Así se vive mejor— me explica.

Con la comilona del viernes todavía pasándome factura a nivel intestinal y financiero, me compro un agüita y una ensalada y me despido de Darsi. Ya en mi escritorio, mastico la lechuga. Después digo que tengo que volver a salir para hacer un trámite. Llego al parque y antes de dormir la siesta, tecleo en mi celular.

Ser un negro con plata. Mejor: hacer cosas de negro con plata. Lo escuchamos mil veces.

Está asociado con imágenes poderosas. Un asado hecho con parquet. El ranchito humilde y sin revocar con antena de DirecTV. El Gol con la suspensión bajísima o, mejor, el Bora polarizado. Cosas de negro con plata.

La medida de una lengua es –sólo– ella misma: cuando se dice negro no se habla de una cuestión de raza. Si no, como se entiende, del alma.

El gasto indebido es considerado una forma de pecado. Por lo tanto, de oscuridad. Hay un reproche, justificado, hacia el derroche. Se lo asocia con la indolencia:

–Terminá el plato que hay chicos en África que no tienen nada.

(Siempre es en África. A lo sumo, en el Chaco. Lo negro, otra vez)

O peor. Se tilda al negro con plata de mediocre:

–El lujo es vulgaridad.

El razonamiento jurásico que menta San Juan no discrimina ideologías. Es, como lo negro, un estado del alma. Frente a la cultura de la sobreexplotación –del trabajo y también de los recursos naturales– hay quienes plantean la necesidad de desacelerar. Barajar y dar de nuevo: frenar el consumo desmedido como forma de compensar los problemas de producción que enfrenta el –no tan– nuevo mundo regido por la timba financiera.

Se trata de una posible salida del laberinto posmoderno en la que se dan la mano los extremos. Desde el discurso de Grabois hasta el plan económico de Milei: hay un consenso en que la salida es un enfriamiento del gasto. La única diferencia radica en el método: a quién se le reduce la porción de la torta.

Todo concepto, en tanto está vivo, lucha por su supervivencia, adaptándose. El vivir bien que postuló el Socialismo del Siglo 21, en contraposición al vivir mejor que fue impronta en los movimientos nacional–populares del siglo 20, se encarnó y se hizo mandato de época. No es de extrañar que para realizarse, esta idea haya encontrado un mejor vehículo: el anarcocapitalismo.

En una sociedad consumista, que mensura a las personas según lo que tienen, el gasto innecesario es un pecado. La moral protestante infiltró con su hipocresía el pensamiento occidental: por un lado se publicita el lujo, por el otro se culpabiliza la falta de austeridad. Como todo puritanismo, es un imperativo esquizofrénico. Como toda ideología, es un subproducto de la realidad, y no la realidad en sí.

Mi hermano Tomás organiza este fin de semana un arroz con pollo en el club Deportivo La Fábrica, del cual es profe de fútbol.

Todos en la familia lo ayudamos. Yo pedí donaciones a un conocido que trabaja en el área de marketing y relaciones institucionales de una conocida empresa de alimentos. Tuve que armarle una nota:

Estimado Sr. X:

Nos dirigimos a usted para solicitar 40 kilogramos de arroz para utilizarlo en la celebración de etc etc etc.

El martes vamos al depósito a buscar los paquetes. El encargado nos los entrega y:

—Falta la mitad— dice mi hermano.

—No. Acá tengo anotado que son 20 kilos.

—Pero pedimos 40...

—Claro, ese fue el error. Para la próxima ya saben.

—¿Qué error?

El tipo, un petiso con cara bonachona, nos sonrío:

—Si necesitan 40 pidan 80. La cantidad no es problema pero la orden que hay de los jefes es donar siempre la mitad de lo que se pida.

—¿Y eso?

—Son gringos. Lo hacen para que uno no vaya a pensar que les sobra.

Es madrugada. Miro la tele.

En C5N hablan del ajuste del gobierno. Cambio de canal.

En Crónica una mujer con tonada boliviana es entrevistada en la calle. Dice que no quiere subsidios, si no un sueldo que le alcance para pagar lo que realmente vale el boleto. Cambio de canal.

En LN+ hablan de la baja de homicidios en Santa Fe. Un "experto" porteño cita -mal- nombres de algunos de los narcos rosarinos más destacados del siglo. Lo dejo.

Terminado el relato, empiezan las anécdotas. Me siento como un chico viendo por octava vez su película preferida. Porque la tele habla de una pileta con forma de Mickey Mouse, de una fiesta de 15 pagada con billetes de dos pesos, de lujos innecesarios -permítaseme el pleonasma- y por eso mismo, fascinantes.

La mejor de todas las historias es la del Viejo Cantero. Que no tuvo problemas en volver al caballo y al carro cuando su clan cayó en desgracia y él se dio a la fuga.

Era el mejor disfraz de todos: nadie hubiera pensado que uno de los tipos que gobernó el bajo mundo rosarino durante años, se contentaría con ser cartonero. Para cuando lo atraparon, el hecho era vox populi desde hacía mucho tiempo.

La tarde del viernes ando por el paseo San Martín. Tengo que comprarle zapatillas al nene. Mientras miro modelos, calculo si conviene aprovechar el descuento en efectivo o si el interés de las 12 cuotas va a ser menos que la inflación.

Me decido por unas botitas de cuero sintético. Pago con tarjeta. Cuando vuelvo a casa y se las muestro, la primera reacción de mi hijo es querer

ponérselas. Le digo que no, que esperemos a estrenarlas "cuando haya algo que valga la pena". Me mira sin entender.

De repente viajo 25 años al pasado: estoy con mi tía en su casa de Echesortu. Me acaba de regalar unas *Bubble Gummers* rojas y yo quiero calzarlas y salir a jugar a la pelota en la cortada. En vez de eso, tengo que conformarme con un discurso sobre lo que cuestan las cosas, la necesidad de valorar lo que uno tiene, y sobre lo que significa ser un desagradecido.

—No tenés que hacer cosas de negro con plata— termina su regaño. Después vuelve a guardar las zapatillas nuevas, me da un beso cariñoso y me deja ir a jugar.

Vuelvo al presente y le pongo las botas a mi nene.

Hace exactamente 100 años, el campo de la antropología se sacudía con la publicación de Sobre el Don, un ensayo de Marcel Mauss. El etnólogo francés describe en él una práctica de pueblos aborígenes de la costa del Pacífico de Norteamérica: el potlatch.

Potlatch significa, en lengua chinook, regalo, pero también gratuito, infundado. Era una especie de bacanal, en el que cada participante llevaba objetos para regalar a los demás. El anfitrión de la fiesta era el que más ofrendaba: quedaba prácticamente sin nada. Tiraba, literalmente, la casa por la ventana.

Mauss es el primero en describir este rito, que después empieza a identificarse como presente en todas las culturas tradicionales. Llegando, incluso, a nuestros días. Si uno pensara de cuántos potlatches fue parte el último año, seguro hay más de uno.

El sentido de este ritual no es otro que explicar la puerilidad de la existencia. La pérdida como un don, el gasto como una virtud. Como reconociendo que todo es gratuito, que todo es efímero.

La ceremonia tenía un momento cúlmine: llegado un punto, se contaban la cantidad de mantas y regalos que uno había juntado, y podían cambiarse por láminas de cobres. Cada cobre tenía un nombre, una historia. Poseer uno daba mucho prestigio. Pero más prestigio daba deshacerse de él: si el dueño de un cobre lo destruía en el fuego o lo tiraba al mar, era el más festejado del evento.

Igual que lo que ocurre con el derroche del negro con plata. No es consumismo. Al contrario: es una forma de ascesis.

¿Por qué la demora en atrapar al Viejo Cantero? ¿Corrupción? ¿Incapacidad? En la tele, el periodista dice que por ambas. Yo le discuto a la pantalla: creo que hubo otra cosa en juego. Que lo que hizo el Viejo no entra en la lógica puritana. Esa que impera hoy y que nos llama a guardar, a cuidar, a acumular. Para el negro con plata, cuando hay hay, y cuando no, qué se le va a hacer.

Vaca gorda o vaca flaca: lo importante de una comida es compartirla.



Marco Mizzi es trabajador de prensa y escritor. Fue redactor en *Miradas al Sur* y *Revista Apología*. Publicó folletines de cuentos y poemas, y las novelas *City Center* (Pesada Herencia, 2017) y *Perversidad* (Eloísa cartonera, 2020).



SON NEGROS TODOS LOS COLORES

Por Lorena Alvarez

1. Negro confusión

En 1956 se estaba apagando lentamente la etapa de gloria del cine negro.

El color intenso que fundía las pantallas con sus mujeres fatales, sus hombres caídos y su desmedida ambición entraban en la recta final de las preferencias del público. Las producciones daban sus últimos estertores de vida. La oscuridad, aún, tenía quien la valore.

Fue durante ese año que se estrenó una de las mejores producciones locales, *Los tallos amargos* bajo la dirección de Fernando Ayala.

Dos desconocidos, Gasper y Jarvis, cruzan sus vidas de casualidad, y ante la necesidad económica de ambos, deciden asociarse en un negocio que si bien linda delgadamente lo ilícito posee mucho más de chantada: unos cursos por correspondencia.

Según Jarvis, uno de los extraños, es una empresa que puede darles el rédito que a ambos les urge. Gasper sospecha de Jarvis, que confía en su olfato para los negocios y no pierde el tiempo en recelar a su partenaire accidental. Presiente el dinero y eso le basta. Así pues, se embarcan en el proyecto con un éxito que parece abrazarlos desde el comienzo. *Demasiado fácil*, sospecha Gasper.

Un local nocturno, una mujer fatal y el sonido de una bellísima pieza de jazz con trompetas que parecen gritar verdades –Astor Piazzolla es quien está a cargo de la música, otra protagonista excluyente del relato– cambiando de cuajo el devenir de esos perdedores con un golpe de suerte. Zigzagueando entre el paisaje de la porteñidad y los arrabales del conurbano, el negro–ambición está tan bien plasmado que en el año 2000 la fotografía de la película, en manos de Ricardo Younis –alumno de Gregg Toland, encargado de ese mismo metraje en “El ciudadano” de Orson Welles–, fue elegida como una de las mejores de la historia.

La oscuridad mantenía aún ciertas luces, en ese paisaje que va del centro de la ciudad a la periferia conurbana, donde florecerán, en una casa humilde pero decente, los tallos amargos fruto del negro de la confusión.

La trampa aún mantenía sus formas.

2. Ocre miedo

En 1978 en plena dictadura, Adolfo Aristarain decide volver al cine noir con un film que hoy es parte del culto de la cinematografía nacional, *La parte del león*.

Bruno Di Toro es un tipo con una vida ocre, tan sepia como la luz que entra por la ventana del cuarto de pensión donde vive luego que su mujer, harta de él, decidiera separarse. Con un trabajo que teclea tanto como su ánimo, bañado en whisky berreta, ve la salida a sus problemas gracias a dos ladrones, que perseguidos por la policía, esconden un botín para darse a la fuga más livianos, mientras son observados, de casualidad, por el desahuciado emocional de Bruno.

La ciudad más apagada que nunca. Que, a su vez, parece apañar la imagen de un hombre condenado a su propia oscuridad.

Pero lo que puede salir bien sale mal en esa metrópoli donde los delincuentes aún usan traje y pueden simular ser buenos vecinos. Como todo en esos años nada es lo que parece y el miedo es tan silencioso que no hay escape. Ni siquiera para los codiciosos módicos. A una generación, ni el tiro del final les va a salir.

3. Rojo sangre

En 1984 se estrena, entre el malón de films de la primavera democrática, la oscurísima *En retirada*. Cuyo guión pertenece a Jose Pablo Feinmann, Santiago Oves y Juan Carlos Desanzo en la cual, también, recae la dirección.

Ricardo, apodado el Oso, es un hombre sombrío que deambula sin trabajo por una ciudad que aún mantiene la tonalidad apagada del miedo reciente.

El Oso había sido parte de los grupos de tareas de la dictadura, que al asumir el nuevo gobierno democrático estaban en retirada. Bautizados, por la prensa de ese entonces, como “mano de obra desocupada”, eran personajes en las sombras que aún transmitían escalofríos. La parte invisible de una sociedad que aún le temía al pasado fresco.

La película, con tinte de film noir, se centra en la idea de una venganza. Que en la vida real nunca jamás sucedió pero que podía ser factible en esos años de sangre derramada, tortura y sensación de pavora por el posible retorno de otro golpe militar. El padre de un desaparecido se topa casualmente con el Oso, el secuestrador de su hijo y comienza así una persecución entremezclada con las costumbres que el torturador se niega a abandonar.

Es que el Oso es un hombre que de día cuida metódicamente sus plantas, como años más tarde veremos hacer a León en *El asesino perfecto* de Luc Besson, y de noche puede volver a enamorarse de la picana eléctrica, dejando en claro que nadie aún está a salvo aunque con la democracia se intente comer, curar y educar.

El Oso tendrá su noche lóbrega. Verá la sangre roja oscura de la traición. Pues siempre hay una oscuridad superior.

4. Azul noche

Cuando se estrenó en 1997 *Pizza, birra y faso* la crítica cinematográfica se rindió a los pies de Bruno Stagano y Adrián Caetano. Dos jóvenes que decidieron llevar a la pantalla grande la imagen del derrumbe estético del país, la foto de la caída social. El cumple de 15 de aquella hija de la dictadura, la *hiper* y las privatizaciones: nuestra democracia.

El film cristaliza a la perfección a una banda de noctámbulos nómadas. Individuos que ya eran tan parte del paisaje a esa altura, que nadie los percataba como símbolos de la decadencia. Los pibes de la esquina, inventores de un lenguaje propio y un reloj roto, pues ya no existía un horario para ir a trabajar, llegaron a la pantalla augurando el peor de los temores: una parte de la sociedad se vería en el espejo roto de esa clase media baja que de trabajadora pasaba a lumpen.

Zapatillas de lona, jeans rotos y remeras estampadas con bandas de rock en amaneceres de una ciudad derruida, después de pasar la noche por alguna bailanta donde la cerveza se mezcla con el sudor del baile.

El olor a grasa barata de las pizzas low cost de Uggys llegando a las butacas para electrizar de miedo al futuro de los que aún no se habían caído. De la ambición del golpe de suerte para vivir a lo grande a la cultura del raterismo para zafar.

La película tiñe de azul oscuro el centro de una ciudad que va perdiendo su mística de gema. El Obelisco como guarida anticipando el estallido económico. Y cultural.

5. Gris humo

Lo que empezó como una película en 1997, terminó cerrándose como un broche macabro sobre la realidad el 30 de diciembre de 2004.

Una foto en la que ahondó durante el 2000 *Okupas*, como otra polaroid, también de la dupla Stagnaro- Caetano, que mostraba la decadencia social.

Esta vez en formato televisivo. La pantalla se reducía y se hacía cotidiana.

La miniserie, emitida durante la etapa del gobierno de la Alianza, exponía a unos lumpenes, nómadas hermanos de decadencia de aquellos protagonistas de *Pizza, birra y faso*, pero con tres años más de descenso económico. Los amigos de la nada, que en la vida real habían crecido como hongos en cada esquina bonaerense eran reales. La pantalla se traspasaba y se hacía sustancia.

Muchos de ellos, que inspiraron la ficción, una cálida noche de verano en un recital en un boliche de rock en la zona multicultural de Once, que otrora había sido un templo de la cumbia, fueron arrasados por la tragedia. Rompiendo la calma de los primeros años de la reconstrucción post estallido del 2001.

Bengalas, cadenas en las puertas de salida de emergencia, mucho más público que el permitido para ver una banda de rocanrol: el cóctel de ambición y desidia que faltaba. Esa generación de jóvenes en zapatillas que iba hacia ninguna parte pero necesitaba un rumbo que no fuera la muerte lenta fue víctima del gris del humo en un boliche que se llamaba Cromañón. Nombre que sintetizaba, según cuentan, la visión que tenían sus dueños de esos nuevos habitués de la noche: hombres y mujeres prehistóricos.

De gracioso no tuvo nada. De dramático, todo.

6. Epílogo: azul plomo

Una mañana gélida de junio, en el semáforo del cruce de dos avenidas, justo en el corazón comercial de un barrio que aún se niega a dejar su ritmo lento de periferia céntrica, la escucho. Una trompeta, como en *Los tallos amargos*.

Cuando el rojo detiene el tránsito, un fisura empieza a hacer sus gracias para ganarse unas monedas entre los autos obligados a parar. Espero el colectivo mientras lo miro. Toca una canción que, descifro, es de Gilda. Demasiado oído musical tengo, pienso, mientras escucho ese garabato insoportable de sonidos.

La del fisura es una trompeta medio estropeada, y es obvio que no es un músico callejero. Más bien un roto. Que de tanto ensayar pudo sacar alguna melodía breve para ganarse unas monedas.

Bajo el sol de invierno la trompeta brilla. Tiene una extraña envoltura en una parte. Verde. El semáforo, no la trompeta. El fisura salta a la vereda. Un par de motoqueros le tiran unos pesos. Y a esperar el próximo rojo.

Imito al fisura. Yo también espero. Dejo pasar el colectivo, sólo para ver otro show del pibe de jogging raído, zapatillas llamativas y abrigo colorinche.

No es nuevo en la calle, se nota. Salta raudamente en cada cambio de semáforo y esquiva cada auto, lo cual demuestra el entrenamiento en las fauces de la subsistencia.

Me fascina la trompeta. Mi parte mal pensada se pregunta: ¿la habrá robado?. Mi parte romántica quiere suponer que la encontré arrumbada entre la montaña de basura que se viene acumulando en la ciudad en los últimos tiempos.

La mañana es luminosa. Hay un sol frío que cobija. Todos abrigados, perdidos y con la sensación que no estamos yendo a ninguna parte certera.

El fisura toma algo oscuro de una botellita que le alcanza otro fisura en muletas, que actúa de socio aplaudidor en cada semáforo para agitar la buena voluntad de los automovilistas. A veces lo logra. Otras son en vano.

Me acercó y les pagó 200 pesos por su espectáculo. La trompeta a corta distancia brilla más. Sus ojos también.

Ahora me doy cuenta que no siempre para en esa esquina. Cada mañana, cuando voy a esa parada a esperar el colectivo, me fijo si anda por ahí. Y cuando no lo veo imagino que la pegó y quizás un golpe de suerte lo puede alejar del destino azul plomo de muchos en esta ciudad. Casi aferrada a que algo termine bien.

Vuelve siempre.



Lorena Álvarez es coconductora, junto a Fernando Amato, del programa Pasos perdidos, por FM La Patriada. Escribe artículos en la revista Panamá y tiene en Radio Nacional una columna en el programa Gente de a pie, que condujo Mario Wainfeld. Junto a otros autores y autoras, participó de los libros Todo Diego es político (2020) y ¿Qué hacemos con Menem? (2021). También publica artículos en los sitios DiarioAr, Infobae, Realidad en Aumento y La Nación Trabajadora.



TODO LO QUE NO SEA BLANCO ES DE ALGUNA FORMA NEGRO

Por Laura Hintze

El sábado pasado Julián no se pudo levantar de la cama. El cuerpo le estaba pasando factura del estrés de la noche anterior. Había salido a hacer unos pesos con Uber y fue demasiado. Le tocó un viaje turbio, con una chica que iba re-dura y varios controles de la Municipalidad buscando a choferes que usan la aplicación. La multa es de un millón y medio de pesos y Julián sabe que si lo agarran lo parten al medio.

Tiene 41 y trabaja desde los 15. Dice que siempre fue en negro. Los pocos aportes que tiene son por el monotributo, pero para el sistema nunca trabajó.

Julián usa el auto para todo. Hace mini mudanzas y delivery de alimentos para mascotas. Con eso paga el alquiler, siempre sobre el fin de mes. Agradece que el dueño de su casa sea piola. Usa el uber para cuando anda flojo. La semana pasada trabajó a full, juntó fortuna y todo se fue a pagar



El despertador de Ernesto suena a veces a las ocho, a veces a las nueve, según cuánto tenga que trabajar ese día. No más temprano, tampoco mucho más tarde. Tarda quince minutos en salir de la cama. Se prepara un café, dos tostadas, un huevo revuelto y empieza a trabajar. Desayuna escribiendo. Con el celular, todo se puede resolver.

Tiene 29 años y vive en la zona oeste de Rosario, en el departamento que fue de su abuela. Como su familia vive en el mismo edificio, varias veces a la semana comparten la cena. Por suerte, no paga alquiler.

Ernesto es community manager en una empresa y es periodista deportivo. Tiene una página dedicada a cubrir noticias sobre su equipo. Ahí es su propio jefe. Si su medio crece, crecen las publicidades y con eso, los permitidos. Con el último salto que dio le alcanzó para anotarse en un gimnasio.

Federico tiene 25 años y dos laburos. A la mañana, reparte pan. A la tarde trabaja en un club en Empalme Graneros. Le da clases de fútbol a dos categorías de pibes: chicos de diez y once años, chicos de doce y trece. Está recibido de profesor de Educación Física y dice que el del club es además de un trabajo, su militancia. Pasa demasiadas horas y pone todo el corazón y el cuerpo ahí. Le encantaría dedicarse a eso pero el sueldo no llega a los cien mil pesos.

Repartir panes le lleva a Federico entre tres y cinco horas por día. No tiene un horario muy fijo. Es por la mañana, sí, y lo más importante es que vaya y haga su trabajo. Le pagan por día, según la cantidad de horas que haga. La plata va en mano. No factura nada.

Le gusta la libertad. La cagada, dice, es que si un día no trabajás – porque te enfermaste, elegiste quedarte en casa o llevaste a tu abuela al médico– no cobrás.

Paga el monotributo mínimo por las dudas.

Fiorela se levanta todos los días a las ocho. Se apega a su rutina. Una ducha primero, seguida de un buen desayuno: a veces tostadas, a veces fruta, a veces yogurt, a veces panqueques o waffles. Nunca le falta café.

Mira el celular mientras tanto, pero sabe muy bien qué. Todo lo que sea trabajo se abre en un ratito, cuando prenda la computadora y se siente a laburar. Fiorela trabaja en publicidad y tiene cuatro laburos, además de las changas que vayan apareciendo.

Tiene 35 y es adicta a dos cosas: ser organizada con su tiempo y ser dueña de su tiempo. Y le encanta. Hace más de diez años que no pisa una oficina y a fuerza del estrés aprendió a poner límites en su casa, en las empresas que la contratan, con ella misma. Así evita estar todo el día laburando y puede hacer todo lo otro que le gusta: crossfit, pasear a la perra, tomar una cerveza con sus amigos, estudiar.

Fiorela trabaja desde distintos lugares del mundo y el país. Le gusta planificar viajecitos, mini escapaditas, con sus amigas, su novio o su mamá. Y le gusta no tener que explicar ni dónde está ni cuándo vuelve. Simplemente necesita una buena conexión a Internet. Siempre está haciendo malabares en función de organizar un viaje que le permita trabajar. Cuando se satura de todo lo malo del trabajo independiente se acuerda de su libertad. Entonces ya no quiere trabajar en relación de



dependencia en ningún lado.

Eugenia tiene 32 años y una meta para el segundo semestre del año: organizarse. No sabe aún cuántos trabajos tiene: a veces tres, otros meses mete cinco, teme quedarse con uno o dos. Lo que más hace es ser community manager, aunque también crea contenido para redes sociales para algunas marcas y es conductora en eventos. Hay meses que la pega más. Otros no tanto.

Se levanta entre las siete y las ocho y media. Primero toma café, después prepara el mate. Ahí empieza a trabajar. Todo lo puede con el celular, por eso a partir de ese momento casi no tiene horarios. A veces almuerza a eso de las tres de la tarde. A veces a esa hora recién desayuna. A veces corta a las siete de la tarde. A veces a las nueve de la noche. No sabe si trabajó siete o doce horas en el día, porque nunca nadie estuvo contándole el horario.

Puede pasar casi todo el día en pijama o en la compu, puede salir a hacer trámites, puede recibir a una amiga. Nunca corta. Nunca sabe cuándo scrollea en X o Instagram para ella y cuándo lo hace porque tiene que hacerlo. Todo es en simultáneo, todo pasa en el celu, nunca hay un principio, nunca un fin.

Hace tres años, cuando arrancó con todo esto de lo independiente y freelance, Eugenia estaba fascinada con la idea de laburar desde casa y no tener horarios. Ese es hoy su mayor problema. A veces fantasea con ponerle límite a su jornada laboral, cruzar una puerta a las cinco de la tarde y decir "ya está", ahora puedo ir a merendar, a entrenar, a pasear, a visitar a alguien.

Gabriela tiene 45 años y una hija de 18. Tiene tres trabajos independientes: es escritora y editora, es profesora de yoga y entrenamiento, es DJ. También hace reemplazos en escuelas. Esa, dice, es su parte en blanco. Por día da, mínimo, diez clases. Incluso sumándole todo lo otro que hace, no llega a cubrir sus necesidades, ni la de su hija.

Hace casi diez está en pareja y no convive. El costo monetario de eso es enorme. Igual no se arrepiente.

Entre noviembre y diciembre de 2023, Julián viajó todos los días en Uber al hospital. Venía de un laburo en blanco haciendo repartos de una pollería y terminó con una hernia que lo paró tres meses. No le ofrecieron otra área para trabajar, entonces renunció. Con la indemnización, se bancó los meses parados y pudo cambiar el auto por la chata.

Ahora trabaja a la tarde y hasta la noche. Usa la mañana para dormir. Se levanta tipo diez, toma pedidos de alimentos para las mascotas y a las 14 se mete a bañar. Después, compra la mercadería y empieza a repartir, alternando con Uber. Los pedidos del delivery son cada vez menos. Tuvo muchísimos. Ahora, si la semana anduvo floja, sale los fines de semana a hacer viajes. Pero cada vez le gusta menos.

En los viajes al hospital, Julián charló con los choferes. Todos estaban contentos. En un fin de semana se hacían unos 150 mil pesos y usaban la aplicación o para cambiar el auto o irse de vacaciones. Ahora cambió todo. El aumento del combustible fue desorbitante y los trabajos registrados van



cayendo. Los conductores son cada vez más, y a más oferta más barato el precio. Ahora Uber es para pagar la cuenta de luz.

Dice Julián que para este segundo semestre del 2024 tiene que buscarse un cuarto trabajo.

El empleo registrado, blanco, pleno de derechos y futuro, cae en Argentina. Los puestos de trabajo se destruyen, para siempre o un par de años al menos, y también se transforman. El negro ya no es negrísimo. Ya no se trata del pescador, la puta, el feriante, el vendedor ambulante. El negro puede ser gris, puede no ser popular, ni informal. El negro puede nombrarse como monotributo.

Los monotributistas se suman de a miles cada mes. Le pagan un tributo al estado, del que zafa el empleador. No tienen vacaciones, licencias ni aguinaldo, salvo la bondad del patrón. Apenas acceden a un servicio de salud básico y aportan de a puchitos para una jubilación mínima.

Son la empleada de comercio, el que reparte pan, las chicas que combaten las drogas en un programa nacional, la periodista que escuchas en la radio, la niñera de tus hijos, el empleado municipal del otro lado del mostrador, el notero que está entre las balas, el pibe que labura para la provincia en los barrios, la que te limpia la casa, el uber que te trae del boliche, los delivery que traen la comida a cualquier hora, el farmacéutico, el pediatra, la enfermera, la que te puso la vacuna contra el COVID, el mozo, el cocinero, la encargada del bar, el profe de natación, la seño de danza, los que hicieron una buena peli local, los que hicieron la peli mala también, la que conduce tu streaming favorito y el que te trae los repuestos para el auto.

Trabajadora de la comunicación. Monotributista. Independiente. Freelance.

Eugenia dice que es un poco de todo. Y que eso es terrible, agotador, estresante. No tiene un sueldo fijo a principio de mes, aguinaldo, vacaciones pagas ni obra social – sólo lo que se puede pagar a través de Afip -. Ella le pone el precio a cada uno de sus trabajos: una ingeniería para que le alcance para el monotributo, los ingresos brutos, el alquiler, las expensas, los impuestos, comer, vivir. Intenta facturar todos los trabajos que hace. Siente que es la manera de resguardarse si en algún momento tiene algún inconveniente con AFIP. Pero la realidad es que la mayoría de los trabajos que hace no le piden factura. Ella la ofrece. Quiere tener todo al día. Es su forma de aportar los puchitos que harán su jubilación en un futuro aún lejano.

Lo que más le preocupa es el acceso a una buena obra social y atención médica. Piensa en el futuro. ¿Y si quiere ser mamá? ¿Se puede tener una buena atención médica siendo monotributista? ¿Tendrá alguna licencia?

La libertad que le da no tener derechos laborales, la posibilidad de agarrar un bolso e irse un fin de semana a Mar del Plata, para ella no fue todavía una alternativa. Hace tres años que no se va de vacaciones, y no es por problemas de plata. Es que siempre tiene un trabajo que hacer. Cuando alguien cierra por vacaciones ella pasa un mes, dos, sin cobrar. Cuando alguien cierra por vacaciones otro abre y ella tiene que estar. Siempre está. Todos los meses tiene un alquiler que pagar. Nunca, en tres años, le dijeron: tomate quince días que igual te los pagamos.



Ernesto se define como trabajador de prensa o periodista, como alguien que hace un poco de todo con la información: escribir, filmar, grabar, poner la cara. El título de Periodista lo tiene, se recibió hace un año.

Para la ley, dice, es un monotributista.

A él le encantaría ser un trabajador registrado.

Fiorela factura todo. Ella oscila. A veces dice que es una trabajadora informal, otras que es independiente.

Con cada trabajo que tiene, negocia las condiciones. A todo tiene que pasar presupuesto, ponerse un precio. Ella es la que tiene que saber cuánto vale su trabajo o el de otro o cuanto se considera en el mercado que vale su laburo para no estar ni muy arriba ni muy abajo a la hora de dar una oferta.

Consiguió que todos sus empleadores le paguen quince días de vacaciones. En ninguno cobra aguinaldo. Nadie se hace cargo de su cobertura en salud: le significa la mitad de un sueldo y va aumentando. Es lo que más le jode. Lo que más le duele.

Federico está contento con sus trabajos. No le gustaría tener uno en el que tenga que cumplir horarios a rajatabla o todo el día le digan qué hacer. Ya pasó por eso en colonias de verano y salones de fiestas infantiles. Tampoco las condiciones laborales fueron mejores. A él le gustaría cobrar más plata del club para dedicarse a eso. Vivir solo de y para sus pibes. Sabe que ahora es imposible. Tanto como pagarse el alquiler.

Dice que él es un trabajador. Ni un trabajador popular ni en negro ni informal. Es un trabajador más.

Dice que se pone grande y el entusiasmo por la libertad se le va. Ahora Eugenia no duda ni dos minutos. La estabilidad no se negocia. No le diría que no a un trabajo registrado, a saber que una vez por año se va a ir de vacaciones y que va a estar asegurada su estabilidad si decide tener hijos. Quiere saber que si la echan de su trabajo no va a quedar en la lona.

Gabriela tiene trayectoria en todo tipo de laburos: centros educativos, multinacionales, escuelas. Hace más de diez años se lanzó al mundo de lo independiente. Dice que es negriarse a sí misma: abuso y exceso de laburo mal pago, al que encima ella le tiene que poner un precio. Le factura a algunos alumnos y empleadores, y tiene una contadora que le va acomodando el monotributo en función de eso. Entre las dos ya están viendo en cómo unir los pocos aportes a la caja de la provincia por los reemplazos docentes, con el aporte como autónoma. Ni siquiera habla de vacaciones, aguinaldo u obra social.

Hay días que suspira, sonríe y dice "qué bien, soy mi propia jefa". Hay días que se arrepiente.

Ojalá fueran solamente decisiones.



Laura Hintze es periodista, nacida en Rosario que radica actualmente en Córdoba, colabora para distintos medios de la ciudad y la región como Enredando, La Capital, Página12, ha realizado distintos proyectos audiovisuales y sonoros.



A TRAVÉS DE UNA RED OSCURA

Por Eugenia
Mitchelstein

Hacé una búsqueda en Google. Cualquiera. Da lo mismo. El título de un libro o de una película. Una noticia. Una ciudad. Los primeros resultados van a ser patrocinados. Un link a MercadoLibre que te vende el libro. *Dejá, gracias, no quiero comprarlo, quería ver de qué se trataba.* Un diario al que no puedo entrar porque no le pago al sitio, no estoy registrada, o no me bajé la app. Para la ciudad, AirBnB y Booking. *No quería reservar un hotel en Fortaleza, solo quería saber dónde estaba. Al norte de Natal, al sur de Belém.* Todos los resultados están orientados a comprar, pagar, gastar. Una versión más vistosa de Páginas Amarillas, con fotos, videos y, como les gusta decir a los de marketing, "calls to action", llamados a la acción. Consumo y decepción.

Esta internet de tarjetas de crédito y muros de pago usa la misma arquitectura que la internet que conocimos a fines de los 90 y principios de los 2000. Pero la habitamos de maneras distintas. Internet se desarrolló con un ethos de apertura, plasmado en el protocolo de comunicación que todavía usa, TCP/IP, creado por Vint Cerf y Robert Kahn en la década del 70. Cada mensaje se divide en varios paquetes que se vuelven a unir en el punto de llegada. Cualquiera se puede conectar y transmitir información con ese protocolo. Para que internet, en sus inicios un proyecto del Departamento de Defensa de Estados Unidos, fuera resistente a cualquier ataque, se diseñó sin un control central. Pensemos, en cambio, en la televisión por cable o satélite (qué antigüedad). Para subir "contenido" como se dice ahora, hay que llegar a un acuerdo con el cableoperador que lo transmite. Y lo pueden ver sólo los hogares que pagan, otro peaje. Internet no tenía estas barreras de entrada.

La lógica de la apertura es también heredera de la contracultura hippie de California de los 60s y los 70s, que forjó las primeras comunidades virtuales de los 80s y 90s. Paz, amor e internet. Surfeábamos la red usando un navegador. Viajeros, exploradores. No había apps, no había registros, era una internet anónima. En los 80s, Tim-Berners Lee, un científico del CERN, un laboratorio de la Unión Europea, pensó que hacía falta una interfaz para compartir documentos, e ideó un sistema que durante mucho tiempo (ya no) iba a ser sinónimo de internet: la World Wide Web. No la patentó: cualquiera podía usarla sin pagar regalías. Faltaba –pero no tanto– para que el objetivo de inventar cosas para internet fuera hacerse rico. Facebook apareció en 2004.

Cuando internet dejó de depender de fondos públicos a mediados de los 90s, el mandato de interconectividad persistió. Los primeros ISPs (Proveedores de Servicios de Internet) te vendían como un beneficio tener todo en un solo lugar, que no dejaras su "jardín amurallado", pero ganó la lógica de la conexión. Google, que empezó como un experimento de dos estudiantes de doctorado en un garage, premiaba en su rankings los sitios con hipervínculos, no la exclusividad. Cuántos más links tuvieras y más links te llegaran, mejor rankeabas. Al principio ni siquiera tenía publicidad.

Internet era, todavía, bastante excluyente. En 1999, mientras nos preocupábamos por la catástrofe anunciada del Y2K, solo 280 millones de personas estaban online, menos de 5% de la población mundial. Un parque de diversiones para pocos. Un parque de diversiones algo lento y sobre todo textual: una foto de buena calidad podía tardar un minuto en cargarse. Una eternidad. *Para conectarte, el módem marcaba un número de teléfono, hacía un chillido característico, y unos segundos después un sonido de ruido blanco que indicaba que, ahora sí, estabas online. Mientras navegabas, podías recibir gritos de tu padre, madre o hermanos "¡a ver si la cortan con la computadora que tengo que hacer un llamado!"*

A fuerza de conectarnos cuando todos se habían ido a dormir, desarrollamos hábitos nocturnos que ya no abandonamos, intercambiando mensajes por ICQ –un proto WhatsApp– o discutiendo en foros sobre música, cine o fútbol con cientos de desconocidos. Esta internet, algo incómoda, limitada a una computadora de escritorio, mantuvo durante mucho tiempo la apertura y la gratuidad. Había banners, sí, publicidades algo ridículas en lugares considerados estratégicos. Pero muy poca

información sobre quiénes los veían y cómo reaccionaban. Si podías comprar una computadora y pagar la conexión telefónica, internet era anónima. Y tuya.

En un momento esa internet se empezó a oscurecer. No estoy hablando de lo que se conoce como la dark web, que existe hace mucho. *Sí, sabemos, Jorge Lanata hizo un documental, hay venta de drogas y tráfico de armas e imágenes de abuso sexual infantil o tortura de animales.* Pero se podría argumentar que eso siempre fue oscuro. ¿Cuándo iba a salir a la luz? Un mundo en el que esas transacciones fueran visibles sería oscuro en sí mismo. Tampoco describo la red mega censurada de China y otros países autoritarios: qué podríamos esperar de dictaduras.

La internet nuestra de todos los días, para buscar algo, acceder a información, comunicarnos, se está haciendo cada vez más comercial, más cerrada, más inútil. Más oscura.

Google fue durante mucho tiempo sinónimo de búsqueda en internet. Con su lema *"don't be evil"* (no seas malvado) y su misión de *"organizar toda la información mundial y hacerla universalmente accesible y útil"* conquistó la buena voluntad de billones de personas –nueve de cada diez búsquedas se googlean. Pero la publicidad, que antes eran dos links, bien señalizados, ahora ocupa todo el primer scroll.

Google beneficia a sus propios productos en sus recomendaciones, aunque no sean los más populares, y es poco transparente en la asignación del ranking para aparecer en la página. Perdió juicios en la Unión Europea y en Estados Unidos por prácticas monopólicas. También funciona muy mal para buscar dentro de plataformas de redes sociales. Olvidate de encontrar una historia de Instagram o un tuit –su baja cantidad de links hace que queden enterrados en la página 6 o 7 de resultados –si aparecen. Google organiza la información mundial para hacer más accesible lo que a Google le resulta útil.

Si internet antes privilegiaba los vínculos, las plataformas se convirtieron en jardines (casi) amurallados, sin que nos diéramos cuenta. O que nos importara. El plan de Instagram es que te quedes en Instagram, scrolleando hasta dormirte, soñando con el teléfono pegado a la cara con una vida que no es real. Si compraste algo antes mejor. Estos parques cerrados además no hablan entre sí. No te podés llevar tus contactos o preferencias de X-Twitter a Mastodon, de TikTok a la nueva plataforma que está por venir y no conocemos todavía.

El valor de internet eran las conexiones, la ganancia de una plataforma está en conocer cada uno de tus intereses, tus secretos, tus placeres culposos, para venderte cosas, sin que abras la puerta para ir a jugar. Nos quedamos porque nos entretiene el contenido y porque no pagamos. Las plataformas se mantienen con la publicidad de los miles de bienes y servicios que intentan vendernos. Nos damos cuenta de que a X-Twitter no le está yendo muy bien en Argentina cuando nos aparece una y otra vez la promo de polvo Royal o *"Encontrate con cinco desconocidos"*.

Ese modelo de negocios no es viable para otros proveedores de contenido. Las plataformas de series, películas y fútbol cobran. No siempre queda claro qué cobran, si tenés el servicio plus, mega o premium, a qué beneficios accedés, pero –tal vez acostumbrados a la televisión por cable

-estamos dispuestos a pagar. Los sitios antes conocidos como diarios online ponen paywalls. Te obligan a registrarte. Dejar tu tarjeta de crédito para leer qué dijo el vocero presidencial sobre el dólar, o cómo salió Boca-Banfield. Poca gente lo hace. O al menos, no la gente suficiente para que funcione la mayoría de ellos.

Otros sitios de noticias se mantienen con las contribuciones voluntarias de sus lectores. Como Wikipedia. Una vuelta a los inicios de internet, pero no tanto. Esos sitios tienen tus datos y sus anunciantes los usan para venderte -cosas, bienes, servicios, cursos, vinos, viajes. Lo que vale es la experiencia. Sobre todo si la experiencia es instagrammeable.

Tuvimos una internet abierta -o algunos internautas tuvimos una internet abierta- y la perdimos. No tomamos la mayor parte de las decisiones, pero aceptamos las reglas del juego. Le dimos de manera voluntaria nuestros datos a Mark Zuckerberg, nos quedamos en Twitter cuando la compró Elon Musk. Pasarnos a Mastodon o a Bluesky era una fiaca, y además, no conocíamos a nadie.

Seguimos googleando, resignados a no encontrar lo que nos interesa. Recordamos, con nostalgia, cuando éramos navegantes anónimos de un territorio desconocido. Todo por descubrir. Ahora sabemos que esto es lo que hay. *La internet de ahora es clara, clarísima, casi transparente. Ponemos nombre, apellido, DNI. Declaramos nuestros gustos y nuestras pasiones, a dónde vamos de viaje y qué recital no nos vamos a perder. ¿Cuál es la verdadera internet oscura? ¿La internet anónima de hace más de veinte años? ¿O la de ahora, donde hay cada vez más información pero es cada vez más difícil encontrarla?*

La verdadera internet oscura está dentro nuestro.



Eugenia Mitchelstein es

Licenciada en Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires (Argentina), y obtuvo un Master in Science, Media and Communications de la London School of Economics and Political Science (Reino Unido), y un Ph.D. in Media, Technology and Society de la Northwestern University (Estados Unidos).



IMAGINACIÓN NEGRA

Por Hernán Vanoli

Opinión pública y deseo.

Los estudios de opinión pública se sustentan en la ley de los grandes números. Y la ley de los grandes números, junto con la estadística inferencial y la probabilística combinada son las reglas que estructuran el mundo digital en el que nos toca vivir.

El mundo de los algoritmos es el nuevo rostro que adquirieron las afinidades electivas sobre las que, en algún momento, teorizó Max Weber. El mundo de los likes y la dopamina. De las publicidades microtargetizadas, que emergen como pompas de jabón en unos teléfonos que nos escuchan y suelen predecir nuestros deseos.

En este mundo donde el deseo puede ser predicho por cajas negras de probabilidades hay un costado indecible, algo que se parece bastante a las ideas que Jacques Lacan tenía sobre lo Real, que siempre escapa a los parámetros. Tanto a los algoritmos como a los estudios de opinión pública.



El ocaso del economicismo vulgar

Cuando la política, que compartía con lo religioso la tarea de realizar profecías sobre el porvenir y de explicar la discontinuidad existente entre mérito y destino, parecía subsumida en la gestión y en las técnicas propias del marketing, bajo el plácido clima del acuerdo neoliberal con algunas dosis de desarrollismo, el tornado libertario sacudió las creencias compartidas por los profesionales de la representación.

Los economistas dicen que Milei ganó porque pudo dar mejores explicaciones económicas que el resto, que ganó la economía, aunque no nos guste su lectura. Sin embargo, y más allá de los motivos que llevaron al poder a Milei, lo cierto es que parecería suceder todo lo contrario. Es obvio que la gente quiere progresar económicamente. Es obvio que un gobierno que gestione mejor la economía va a tener más chances de gobernar o perpetuarse en el poder que uno que tenga inflación de tres dígitos, pero la economía, entendida como el funcionamiento del mercado (por derecha) o como la carestía de bienestar social por culpa de un sector específico (los empresarios, según la izquierda), al menos mirada desde la opinión pública, parece estar en crisis.

Por encima de los avatares económicos, la transaccionalidad parece ser el valor imperante en la sociedad, y esta transaccionalidad es a la economía lo que el poder es a la sociología: nociones amorfas. En un mundo donde el tiempo está acelerado pero el progreso social y económico sigue siendo un deseo organizador de las subjetividades sociales, la libertad es, cada vez más, libertad de transacción. Agujeros negros.

Esto sucede en un contexto en que la tecnología acelera la experiencia con la popularización de las inteligencias artificiales generativas. Mientras, el desastre climático acecha y los políticos profesionales son repudiados por distintas mayorías. La aceleración, el desastre y el repudio hacen que las personas solo exijan que las cosas funcionen en silencio para expresarse y para jugar: las dos modalidades básicas de la transacción contemporánea.

Ese deseo de transacción excede al economicismo. Es una fuerza mucho más oscura, difícil de medir, más vinculada a la velocidad que al bienestar, más vinculada a la limpieza de un semblante que a la eficiencia real. Si las instituciones tienen procesos burocráticos, las aplicaciones tienen transacciones. Los asistentes sociales son cada vez más especialistas en experiencia de usuario (UX). En una vida signada por la incertidumbre y el riesgo, la funcionalidad transaccional se parece bastante a la salvación.

La conversación de las vanguardias meméticas

Muerto o al menos herido el economicismo vulgar, las zonas oscuras de la imaginación pública se explican, con frecuencia, a través de la teoría de las vanguardias de internet. Una fuerte corriente de sentires sociales sobre lo político se propagaría desde nichos de conversación intensa que suceden en la web, donde abundan las teorías conspirativas, la incorrección política, cierto saber popular condensado en memes (que tienen la arquitectura de virus biológicos) y una verdadera batalla cultural que poco tiene que ver con debates intelectuales y publicaciones como esta.

Se trataría de nichos de intercambio intenso organizados en contra del "progresismo Woke", donde la rebeldía se recodifica en términos de una mitología propia de "las nuevas derechas" de carácter anti-estatal y anti-igualitarista, pero también anti-elitista. Una suerte de "zanja de



la misoginia" –su sesgo incel ya ha sido discutido en profundidad–, que funciona como una usina comunicativa con la enorme capacidad de permear el humor colectivo.

Cuando se acercan las elecciones, este caldo de cultivo se politizaría hacia los candidatos de la ultraderecha, cuyos valores, otra vez, tienen afinidades electivas con los de aquellos que motorizan y comparten los contenidos de los mencionados flujos de conversación.

Si bien las guerras culturales en la internet profunda son sin lugar a dudas uno de los grandes agujeros negros de la imaginación social, la teoría de las vanguardias meméticas resulta quizás más útil para interpretar a los nuevos modelos de la comunicación publicitaria. Las publicidades, de hecho, se memetizaron en mayor medida que la opinión pública. Por eso las plataformas de streaming, con su modelo de comercialización por suscripciones, están hoy a la cabeza de la publicidad, a través del ansia por generar conversación. Así, la publicidad se convirtió en el anverso políticamente correcto y mainstream de las vanguardias meméticas de ultraderecha que se cultivan en la internet profunda.

Siempre hubo chismes y rumores. Los memes y las redes sociales no son más que canales conductores acelerados y transaccionales de estos. Sin embargo, las vanguardias meméticas, además de inspirar a los nuevos modelos publicitarios, corroyeron una fábrica de subjetividades políticas: el discurso militante.

Las guerras de internet son el Vietnam de las militancias entendidas como un conjunto de personas unidas por una comunión ideológica y organizadas en un partido. Esto ocurre porque las vanguardias meméticas proponen entornos de conversación ultra ideologizados que no reconocen ninguna autoridad ni ningún vínculo de obediencia. Por otra parte, se trata de formas de asociación rizomáticas que no reconocen ningún territorio, sino que más bien lo desprecian. Sin autoridad ni territorio, lo que hay es una imaginación colectiva que se viraliza y deja en ridículo a los discursos estructurados de la militancia.

La idea de memetizar la comunicación de una organización política tradicional puede ser válida y hasta revitalizante como táctica, pero no es una estrategia viable, dado que la desconfianza hacia lo partidario y hacia el vocabulario de los partidos políticos establecidos es singularmente alto. La capacidad de las militancias para proponer temas de conversación pública se ve seriamente limitada si no ocupan el aparato del Estado o están unidas a un conglomerado mediático específico. El fracaso de las "campañas del miedo" podría servir para reflexionar sobre estas cuestiones.

Las vanguardias meméticas son inasibles para la militancia y funcionan para los estudios de opinión pública como el "ello" psicoanalítico, una zona turbulenta y primitiva, pulsional, amoral y asocial. Estamos ante una zona oscura del inconsciente colectivo, una frontera corrosiva de la militancia, una nueva forma impredecible de la publicidad, que es también una de las tantas cavernas donde el deseo social se produce y tramita.

Si los partidos políticos tenían militantes, las vanguardias meméticas tienen trolls cuya capacidad de irrumpir en la conversación pública inspiran hoy tanto a publicidades como a movimientos políticos de derechas no organizados orgánicamente ni territorialmente.



El trauma del chamanismo tecnológico

Sostenemos una relación atávica con la tecnología. Sabemos que no es magia y al mismo tiempo sentimos que lo es. Procesos que no comprendemos habilitan experiencias que jamás esperamos tener vehiculizados por el afán de lucro de una elite planetaria asociada a un grupo de científicos e ingenieros. Chamanes. La información que podríamos tener sobre la finalidad de estos cambios nos llega a través del periodismo, quizás la única institución con un prestigio social menor que la política. Mientras nos adaptamos a este paisaje inestable, disfrutamos de los beneficios de la tecnología en nuestro trabajo, en el tiempo libre o en los procesos educativos. Hasta que, de pronto, ocurre una catástrofe personal, laboral, ambiental, que la tecnología no puede remediar e incluso puede haber causado.

Es por eso que la oposición clásica entre apocalípticos e integrados, propuesta hace décadas por Umberto Eco, parece haber dejado de ser operativa para pensar las sensaciones sociales alrededor del desarrollo tecnológico. Si bien por supuesto existen personas que reniegan del avance técnico y lo vinculan a tendencias deshumanizantes, y el optimismo solucionista también tiene una importante cantidad de adeptos, los efectos de unos avances que lograron dislocar las percepciones compartidas del tiempo dislocaron también ciertos consensos básicos sobre la tecnología.

La sociedad parece no poderse pensarse a sí misma pensando sobre este tipo de innovaciones. Existe un limbo epistemológico donde las cosas suceden demasiado rápido y, al mismo tiempo, con una fuerza radioactiva, horadan a las instituciones que sirvieron, en algún momento, para administrar esos cambios. Todos somos apocalípticos e integrados.

El resultado de esta ecuación son niveles de incertidumbre y angustia social cada vez más pronunciados, por lo que podría llegar a pensarse que el cambio tecnológico es el trauma de la imaginación social. Es muy difícil que la sociedad pueda construir consensos cuando sabe que sus herramientas cognitivas no pueden asir fenómenos que la trascienden. Se produce entonces un desfase cognitivo.

Los estudios de opinión pública y los políticos profesionales suelen intentar comunicarse con las personas a través de preguntas sobre el apoyo a la salud pública, a la educación, a la seguridad, y los resultados, con excepción de una proporción minoritaria, son siempre los mismos: las personas quieren buenos hospitales públicos, quieren educación pública de calidad, quieren una policía bien entrenada, no desean la privatización de ciertos servicios, etcétera. Y después eligen candidatos que dicen que la solución a los males sociales viene de eliminar la intervención estatal.

La reacción de los políticos con la opinión pública suele ser la infantilización, en el sentido de que la misma querría todo sin ser capaz de resignar nada a cambio. Esto refuerza el desconcierto y la desconfianza hacia la sociedad, que es infantilizada por los analistas e incluso por los periodistas. "Quieren todo gratis y no les importa quién va a pagarlo". Lo que sucede quizás es otra cosa, quizás la sociedad esté diciendo "Me preguntan esto cuando ni siquiera saben cómo vincularse con la tecnología".

La conciencia colectiva está traumatada por el hecho de que las capacidades tecnológicas desbordaron a las capacidades estatales. Y aunque pueda votar candidatos que prometen eliminar al Estado, no quiere resignarse a la idea de que lo público deje de existir. Al contrario, votar el



desfinanciamiento de lo público cuando lo público se define por ser disfuncional posee un componente de ambivalencia, y se parece bastante a lo que el psicoanálisis llama compulsión a la repetición de un encuentro fallido con el trauma, ¿qué es el trauma?: la relación con lo tecnológico no mediado por las instituciones ni por las transacciones.

Es importante mencionar que la llamada "ultraderecha" ofrece una solución al goce que produce el mencionado trauma tecnológico. Su propuesta es que el afán de lucro determine la dirección de la ciencia porque ese afán sería quien mejor asigna los recursos. Paradójicamente, es una solución que la sociedad repudia en términos generales. Pero a la cual, en el fondo, puede llegar a preferir antes que otras soluciones plagadas de incertidumbre y burocracia. En el hemisferio norte, el Green New Deal es una respuesta a este trauma. Uno puede confiar en ellas o no, puede preferir otras. El problema está cuando no hay nada del otro lado.

Las personas tramitan su relación con el trauma tecnológico de una forma contradictoria. "Preguntar sobre percepciones, sensaciones, evaluaciones y cualquier otra variable vinculada al Estado sin auscultar las experiencias y expectativas tecnológicas de la población parecería conducirnos a otro agujero negro de la opinión pública.

La vida como apuesta

Nacida de necesidades militares, la internet pudo difundirse globalmente e integrarse en la vida de las personas gracias a la inversión y el impulso del capital financiero. La tendencia contemporánea, y esto es mucho más potente en Argentina que en otras zonas del mundo, es hacia un pliegue financiero en la vida cotidiana, del cual, por ejemplo, las apuestas online son sólo un emergente.

En un país con una economía inflacionaria y poco previsible las personas viven apostando. Pero no apuestan solo sus finanzas. Apuestan su narcisismo en las publicaciones en las redes sociales. Apuestan sus necesidades y su trabajo en las aplicaciones que les ofrecen opciones de subasta cada vez más frecuente. Los videojuegos se fusionan con las apuestas online, ya que los jugadores pueden "tradar" herramientas, cuya cotización obedece muchas veces a criterios tan azarosos como el resultado de una ruleta en el casino.

El tiempo se convierte en el escenario de una subasta permanente, con unas posibilidades de planificación cada vez más amplias que chocan con una incertidumbre cada vez mayor. Este empoderamiento desempoderante es aún más pronunciado entre los sectores más jóvenes de la población, que aprenden su lógica en los juegos online, la perfeccionan apostando y la desarrollan luego –a veces en simultáneo– en el mercado financiero. El resultado de este régimen de vida es la corrosión absoluta de la ley paterna. Un desacople definitivo entre el mérito y el destino. La competencia estalla en una diversidad de escenarios regulados por una relación opaca entre algoritmos, azar y economía.

Otra vez, y al igual que ocurre con las vanguardias meméticas y con el trauma tecnológico, cualquier intento de regulación de estos procesos aparece condenado al fracaso, como una teatralización de la imposibilidad de generar consensos ante lógicas no humanas que impregnan los estilos de vida.

Fuerzas ajenas no sólo a la voluntad individual, sino a la voluntad social, estatal o supranacional, se entrelazan con cada pequeña opción individual.



En otros momentos de la historia esto podría haber producido una gran invocación al Padre, un pedido de orden, el pedido de una nueva Ley. En este momento lo que se genera es una depresión vaporosa y generalizada que pone en crisis cualquier proyecto de vida y parece taponar, detrás de un gran manto negro, cualquier posibilidad de generación de utopías.

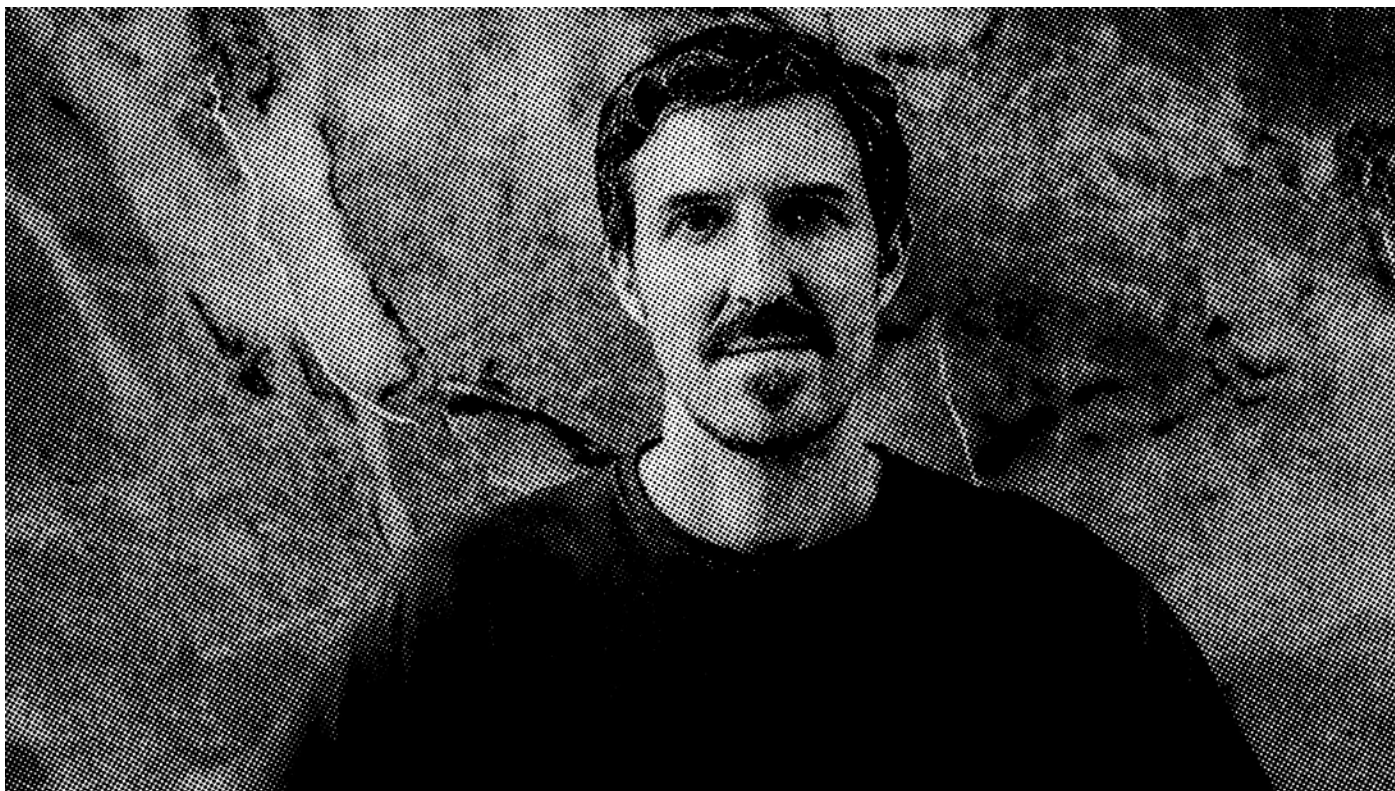
Se configura así un nuevo obstáculo epistemológico para las disciplinas que intentan estudiar las regularidades en el comportamiento humano. ¿Cómo preguntarle a una persona cómo evalúa que estará el país en tres meses, o en un año? ¿Cuál es la referencia para sopesar su propia situación económica en la época de la deuda y la microdosis de apuestas financieras sin pérdidas ni ganancias claras? ¿Qué puede ofrecer la política como estilo de vida ante esta situación donde el individuo siente que toma sus propias decisiones todo el tiempo y que nadie puede ayudarlo a conformar un proyecto vital?

Tecnodiversidad y utopía

El desafío para una utopía del siglo XXI parece necesitar de un ecléctico esfuerzo teórico y político de grandes dimensiones. Las grandes utopías del siglo XX seguirán siendo fuentes de inspiración, pero de formas pervertidas y, de alguna forma, inesperadas, salpicadas quizás por elementos que se suponían arcaicos y otros que apenas empiezan a bocetarse. Hoy, más que nunca, un intelectual no se puede diferenciar de un político, aunque los políticos no puedan diferenciarse de los ser profetas. Como decía la parábola o la maldición china: nos ha tocado vivir tiempos interesantes.

La transaccionalidad como valor supraeconómico, la conversación pública estructurada como una dinámica memética, el trauma del encuentro fallido y a veces desastroso con la tecnología, y la ludificación financiera de la existencia son fuerzas demasiado poderosas como para ser enfrentadas con los lenguajes de la política y la economía del siglo XIX, que son los que predijeron y permitieron las disputas del siglo XX. Muchísimo más riesgoso puede ser una moralización conservadora de estas tendencias, como así también su aceptación acrítica y transhumanista.

Ni los algoritmos, ni los estudios de opinión pública son el lugar desde donde puedan surgir las necesarias innovaciones institucionales que pueden llegar a conformar nuevos sentidos compartidos en la sociedad. Yuk Hui plantea el concepto de tecnodiversidades entendidas como modos diferenciados de aproximarse a la tecnología por parte de las diferentes civilizaciones. La forma de pensar en estas relaciones tendrá que ofrecer respuestas para dichas zonas negras de la imaginación: bienvenidos al **agujero negro de la imaginación colectiva.**



Hernán Vanoli publicó 7 libros. Entre ellos los ensayos *El amor por la literatura en tiempos de algoritmos* y *Los dueños del futuro* (en colaboración con Alejandro Galliano) y las novelas *Pinamar*, *Cataratas* y *Arte Folk Americano*. Desde hace un año es el director de *Sentimientos Públicos*, una consultora que mide e interpreta los movimientos y tendencias que recorren la superficie y lo profundo del alma colectiva.



LO NEGRO PREVALECE

Por Bárbara Pistoia

En algún momento de la historia, sin importar cual sea esa historia, habrá un tramo, un fragmento, un *lapsus* que parece interrumpir la música negra y devolvernos el color conquistador: el blanco que todo lo que toca blanquea, el blanco que en intervenciones profundas apropia, aunque ese acto a veces no se distingue bien y se relativiza, cuando no banaliza, y se lo ve en todas partes.

Las delgadas líneas que marcan las fronteras de las convivencias culturales, de los mestizajes sociales, de las consecuencias imperialistas, colonizadoras y expulsivas de los capitalismos tardíos no son meramente medibles en lo que vemos blanco o negro, tampoco grises ni marrones: las delgadas líneas tienen el color de todos los colores porque son las historias políticas de los cuerpos que las portan.

Todas las músicas negras han pasado por ese mismo encuentro interventor con lo blanco, pero todas también han vencido. Todas las culturas populares han pasado por los mismos procesos y han vencido. Y no porque esa intervención blanca en lo negro deje de ocurrir. Cuando hablamos de vencer hablamos de prevalecer. Más temprano que tarde *la cosa* se acomoda y lo negro prevalece.

No se pudo tapar por siempre que el rock nació de una mujer negra y un hombre negro. Divinos y agraciados, la "mapaternidad del rock" la conforman Sister Rosetta Tharpe y Little Richards y sus respectivas cruces, que son las mismas: negritud y elecciones sexuales no permitidas para su tiempo, su religión e incluso para su raza, de la que siempre se

esperan madrazas sacrificadas y padres libertadores, mejor todavía si son mártires. Aunque acá también encontramos un desdoble: todos quieren negras y negros fuertes y bravos, desobedientes, hasta que esas virtudes dicen en voz alta lo que ya no es tan cómodo oír. Lo que evocan es mucho más concreto que una poética de la sublevación, de la justicia social, económica, racial.

En nuestra contemporaneidad lo vemos con artistas, con las representaciones y referencias de la cultura hip hop que no pudieron ser corridas del centro y hoy no solo son los grandes protagonistas sino que ya son distinguibles del entretenimiento del rap. Un rap siempre lleno de estribillos pegadizos que romantizan la vida y el positivismo, que hablan de independencia económica y lo hacen con la visión del emprendedurismo. El lugar del rap como industria de entretenimiento es el shopping y el punto más alto del boliche de moda, su habla es pura rima y su pseudorebeldía el "causismo" que entra en una consigna elástica, que hoy pueden usar unos a favor del aborto y al siguiente otros contra las vacunas, músicas convivientes de blancos con ganas de ser negros y negros con vida de blancos.

La cultura hip hop no solo es la música que lleva en su interior toda la historia afroestadounidense ni la que pone a levantar los puños en las manifestaciones populares. Es el ensayo de la coyuntura y la poesía que profetiza ese tiempo que termina en la manifestación popular y la lucha organizada. Un día fue "The Black is Beautiful", ahora es "Black Lives Matter". En la cultura hip hop se vivifican las memorias políticas, se "cranean" y vuelven cuerpo los enunciados, pero nunca habrá un decir transferible.

Marquemos territorio y plantemos bandera en lo nacional: la cumbia con el ukelele puede sonar en Cabo Polonio y llenar algunos centros culturales y teatros, pero ninguna de todas esas caras aparecen en los altares barriales. Incluso el avance de la "cumbia cheta", que siempre toma el sonido de la tendencia, facilita el resurgimiento y la expansión de los clásicos, despierta una nostalgia que devuelve la atención a la cumbia villera, la santafesina, la norteña, la sonidera, un volver que irremediablemente hace crecer. Porque la "cumbia cheta" no representa a la cumbia aún ocupando espacios representativos de la cumbia, entonces el representado histórico sabe perfectamente dónde ir a buscar.

Pongamos nombres y caras: mientras que L-Gante se apura a negarse como traperero, "soy cumbiero", Emilia Mernes, Tini Stoessel y Nicki Nicole son las caras de la cumbia del género urbano, esa etiqueta que vino a englobar todas las estéticas y músicas que hasta no hace mucho a todos les daba alergia, porque "eso no es música", es (¿era?) "cosa de negros". Decir que ellas, Rusherking, Tiago PZK, entre tantos otros y otras, son las caras de la cumbia urbana es mucho más que decir que son las cumbias de las ciudades gentrificadas, es subrayar con luces de neón que son los muñecos soñados por los dioses de la gentrificación. Carreras y estéticas fabricadas a medida de un cuento que necesita de sus protagonistas angelicales, sensuales, bellísimos hasta arder.

Esto no niega los talentos, al menos en el caso de Emilia, Tini y Nicki, que son talentosas a pesar de lo que la industria y sus equipos hacen de esos talentos. Porque el talento en sí casi nunca significa nada y el éxito menos, ni siquiera sirve para tener razón. Hay tiempos en los que el permiso que damos sobre nuestros talentos y el éxito cosechado confirman la errática, cuando no la tragedia. Como dice un fundamento chino recordado por Pascal Quignard: "la música de una época revela el estado del Estado".

Las historias se suceden y todas nos llevan al negro como punto de origen, con sus respectivos clímax postreros de quiebre (blanqueamiento) y resurrección (el negro prevaleciendo). Por eso la repetición del patrón nos permite también saber de antemano que llegada esa intervención blanca estamos solo frente a una ruta que se abre a dos caminos. Nada demasiado grave, aunque esos momentos traigan multitudes de voces, especulaciones y confusiones, y sí lo suficientemente agotador como para convencer a cualquiera de lo poco que vale invitar a ver todo el trayecto y salir a disputar las banderas que honran a los que parieron y/o hicieron grandes a esas culturas. Una disputa que se presenta perdida.

Pero las disputas que se nos presentan perdidas, vale lo mismo para las batallas, no están en esa condición por falta de razón, fuerza, pulsión; se nos presentan perdidas porque son disputas (y batallas) que damos frente a gigantes. Los mismos gigantes que provocan esa intervención. Bah, todos los gigantes, un gigante: el poder blanco, la mano del mercado que de invisible no tiene nada y de blanco lo tiene todo. Esto no significa que la cultura protegida no tenga un mercado. No hagamos reír a Kendrick Lamar, Damas Gratis, Dillom.

Sobran personas que podrían estar haciendo otra cosa y ganando igual o más de lo que hoy ganan pero eligen seguir en la suya, a su ritmo, en su ejercicio cultural y político, buscando otras glorias. A pesar de las excepciones históricas y de los tiempos que corren, la cultura popular desordena y de ese desorden florecen héroes colectivos, o más que eso, comunidades que hacen red y escriben con voz propia sus leyendas. A veces, incluso, contra el deseo de los propios protagonistas. Mientras que de la industria del entretenimiento, también con sus excepciones, irremediablemente florecen los individualismos, se cosechan los estereotipos y se salva el statu quo.

Aún así, hablar de lo negro y la música es en algún momento hablar de lo blanco aún cuando sigamos viendo negro. Lo dice mejor Stokely Carmichael: si hay un negro en una posición de poder —negro en toda la dimensión de lo que implica ser negro y con todas las capas temporales, geográficas, culturales y contextuales de esa negritud—, debe haber una atención y una visión más aguda, porque la ocupación de ese lugar no necesariamente trae conquistas de espacios, más bien, trae utilidades y revela algunas tensiones de las tantas que permanecen ocultas en esa inmensa complejidad que es lo racial.

La historia de occidente es una historia basada en la estructura racial, una jerarquización que si bien va mutando guarda en su interior su razón de ser. Un presidente negro no significa una era posracial, la mujer negra en la función pública no implica una política interseccional, ni hablar que muchas mujeres, en la más amplia concepción de la construcción mujer, no implican una política antimachista. Todos los fascismos pero también todos los progresismos necesitan su figurita: mi amigo judío, mi amigo negro, mi cupo femenino, mi no binarie.

Todos sabemos quiénes son los negros y quiénes son los blancos más allá de lo que vemos. Cómo se condicionan las lecturas, los escenarios, las comprensiones y reconocimientos cuando la tensión racial entra en juego. Aun cuando la regla estructural nos susurra que negro siempre es el otro, la vida misma nos ubicará pronto en el escalón de negros que nos toca social, cultural y económicamente frente a otro que por estas disposiciones es más blanco que nosotros en perspectiva.

Negros pueden ser Diego Maradona y también un pibe rubio de ojos

verdes al que todos conocemos como El Polaco. Si cada país tiene sus particularidades, la configuración de lo negro en Argentina se puede agrupar en tres claves. Primero, en clave con la clase social. No hay nada más argentino que racializar la clase (los pobres son negros y todo negro siempre es pobre) mientras que lo que se extranjeriza es la raza, es decir que negro no solo es el otro, sino lo lejano, trasfronterizo. La intimidación racista y la xenofobia: el pánico y la sospecha, y no solo al otro, sino, y sobre todo, a no ser uno ese otro. Señalar antes de ser señalado. Segundo, en clave con la ideología: el peronismo es negro. Y todo lo que sea asociado al peronismo será negro. Tercero, y como manifestación sublime de las dos comprensiones anteriores, todo termina unificándose en las costumbres, hábitos, en las diferentes expresiones de lo popular que más temprano que tarde termina siendo señalado como una amenaza a la civilización: desde hacer asados con el parquet del comedor a cómo se festeja un gol, pasando por el choripán, la gorrita, las zapatillas, el corso, el baile, el auto caro en vez de la casa, el celular último modelo en vez de... Siempre hay un "en vez de" cuando se trata del goce del negro. El acto insolente, el despilfarro que todos cometemos, porque lo valemos, cobra otras lecturas cuando el otro es negro.

"Es en el acto mismo de hacer música, en su condición performativa, donde se constituye gran parte de ese poder que tantas veces invocamos para consolarnos, animarnos o alegrarnos —entre las más diversas opciones, anímicas y/o espirituales, que le atribuimos a la música—", escribe Berenice Corti y parece sentarse en una mesa dulce a conversar con Amiri Baraka: "La música de los negros es esencialmente la expresión de una actitud, o una colección de actitudes, acerca del mundo, y solo secundariamente sobre el modo de hacer música". Los dos escriben esto en textos de jazz, música negra por excelencia. Ella en su libro *Jazz argentino. La música "negra" del país "blanco" (2015)*, él en su artículo *El jazz y la crítica blanca (1963)*.

Baraka continúa su idea así: "El músico de jazz blanco entendió esta actitud como un modo de hacer música, y la intensidad de este entendimiento produjo a los grandes músicos de jazz blanco, y los sigue produciendo". Y hay una epifanía ahí que asoma incompleta y me gusta hacerla literal a pesar de ser una pregunta abierta: ¿los blancos entendieron esa actitud negra o reconocieron que su lugar —en distintas condiciones— también es el de negros? Negros en la significancia fanoniana, bajo el manto de los tercermundismos unidos, negros en sintonía con Steve Biko: negro es el explotado. En el trabajo de Corti esto se puede pensar y visualizar mejor, porque la convivencia de lo blanco y lo negro en nuestro país tuvo tensiones, un genocidio y formas de historiar, de hacer memoria, de reconocer y hasta de hacer presente ese genocidio y esas tensiones muy diferentes a las norteamericanas.

Es a través de los estudios culturales y en especial de los estudios musicales, porque cuando las músicas se pronuncian es imposible negarles su condición, que lo negro prevalece. Las músicas de la Argentina negra vencen, resisten, se vivifican. Al borrado histórico, a las voces silenciadas, a los viejos mitos eurocentristas y a la fantasía ignorante de la Argentina blanca se le escaparon —y aún se le escapan— lo que se narra para siempre desde los ritmos, la poesía, los cantos y los coros, los bailes, el arte registrado de los cuerpos negros en movimiento creándose un lugar de encuentro y confiando en el calor de los tambores, de sus voces, de su horizonte. Las músicas cuentan, dan testimonio, siembran futuro. El único futuro posible, un futuro negro, negro que ilumina, negro que prevalece con *la mano de todo lo negro arriba, arriba*.



Bárbara Pistoia, interesada en la no ficción, la crítica y los estudios culturales, su campo de trabajo e investigación se configura entre la edición y la escritura, la comunicación y la gestión cultural. Es autora de los libros *Por qué escuchamos a Tupac Shakur* (2019) y *¡Ay, amor! Un ensayo sobre la cumbia santafesina* (2024), publicados por Gourmet Musical Ediciones. En 2020 convocó a diez autoras de distintas disciplinas a pensar el impacto político de Diego Maradona, el resultado fue el libro *Todo Diego es político* (Síncopa Editora), declarado de Interés para la Comunicación Social y el Deporte por la Legislatura CABA. Colabora habitualmente con diferentes medios y suplementos culturales.



AGUJERO NEGRO

Por Andrés Mainardi

Negro es el miedo en la infancia. El monstruo debajo de la cama. Los ojos del fantasma dentro del placard. Negro es lo familiar. La mirada del ciervo que cazó el abuelo, su cabeza colgada en el medio del living. Negro es lo que está entre lo raro y lo espeluznante: lo desconocido. Negras son las pantallas de los celulares. Todos los días, a toda hora, a cada minuto, a cada segundo, alguien ve un espejo negro, lo desbloquea y enciende su luz. X, la red social de Elon Musk es negra. Facebook e Instagram, las redes sociales de Mark Zuckerberg, también son negras, pero lavadas. Tik Tok, la red social de la empresa china ByteDance, es una fuerza centrífuga asiática y negra en el centro del capitalismo de plataformas. Negro es el dinero. Las tarjetas de crédito que tiene beneficios, descuentos y no tiene límites, son de color negro. Cuando una transacción se hace sin factura o por fuera de lo legal, se hace en negro. Argentina tiene con el fondo de inversiones estadounidense Piedra Negra la mayor deuda de su historia: más de 2000 millones de dólares. Los dólares aunque el papel sea color verde son negros en su espíritu. La esclavitud en el siglo XXI en el medio de la Pampa Húmeda es negra. OnlyFans es plata en negro, como lo es Uber y los contratos del Estado. El precio del Mercado es negro. La mitad de la guita del mundo está en negro. Existe el trabajo en blanco porque existe el trabajo en negro. El lavado de activos es transformar lo negro en blanco. Negro en latín es lo incierto. La sombra que se desprende de uno que ya no es uno. El iris de cada ser humano es distinto pero las pupilas, indefectiblemente, son todas iguales: negras. Negro es lo que queda después del fuego, el primer pigmento que se utilizó para pintar una

caverna: madera incinerada sobre una pared de piedra. Materia orgánica quemada. Negro es el color con el que se escribió la historia. La tinta china, el negro más estable. Negras son las letras que forman las palabras que van dentro de un libro. A negro es la fotocopia de la partida de nacimiento que se entrega para realizar un trámite. Negra es la muerte. En Occidente, cuando alguien se muere, la gente acostumbra a vestirse de negro. Hay personas que, tras la muerte de sus parejas, se visten de negro hasta sus propias muertes. Negro es el duelo. En Asia, cuando alguien muere, el duelo se lleva vestido de blanco, el muerto se transforma en un cuerpo de luz. Negra es la diferencia. El negro era un color caro, hasta el siglo XV sólo la aristocracia podía pagar un traje de ese color. En el siglo XVI, durante los reinados de Carlos V y Felipe II, España era potencia mundial y dictaba las reglas de la moda, en ese momento, *vestirse a la española*, era vestirse de negro. El 40% de la ropa que se vende en el mundo es color negro. *The new black* es la forma de referirse en inglés a que una indumentaria o un accesorio es la última tendencia en el mercado. El patito amarillo en la cabeza fue *the new black* entre la juventud durante unas semanas del 2024. *The new black* es cada vez más efímero. Negro es lo sofisticado, y lo sofisticado es lo que dura. Existe el whisky *Johnnie Walker* etiqueta negra. Los trajes más elegantes y sobrios son color negro. Evita, Cher, Monroe, Lady Dy, Hepburn, las mujeres más lindas de la historia han tenido su vestido negro. Beau Brummel fue el inventor del traje moderno para varón, este traje era color negro. Ni el negro es negro, ni el blanco es blanco. El negro no es un color, es un valor determinado por la iluminación. Blanca es la ausencia de colores, negra es la suma de todos ellos. Teoría del color. Los árbitros de fútbol, durante mucho años, solo vistieron de negro. En muchos países los jueces utilizan una toga negra en los tribunales. La policía, salvo raras excepciones, usa uniforme negro. Negro es el color de la ley. Los ladrones cuando van a cometer un crimen, para que no los identifiquen, utilizan ropa y pasamontañas de color negro. Negro es el color del crimen. Negro es el calabozo donde un cuerpo se da cuenta que la luz puede no existir. Negra es la cárcel. Negro es el universo. La NASA utiliza el color negro para representar el infinito. El infinito como tal no existe. En el universo hay agujeros negros. Un agujero negro es una región infinita, un horizonte de sucesos, un lugar del que ni la luz puede escapar. Un eclipse es un fenómeno que sucede cuando el Sol, la Luna y la Tierra quedan alineados: se ve como un círculo negro. Los guerreros aztecas decían que la obsidiana llevaba a lo más profundo del inconsciente y estimulaba a enfrentar los miedos más arraigados. La obsidiana es una piedra negra, como negro es el esoterismo. El veterano que no puede dormir por la noche porque recuerda a su camarada muerto y estaqueado en Malvinas por un militar de su mismo país tiene pensamientos negros. Fogwill en *Los Pichiciegos* demostró que la nieve, a pesar de ser blanca, cuando cala en los huesos, también puede ser negra. Negra es la guerra. *El negro de Marte* es un pigmento proveniente del óxido de hierro. Hay otros tipos de negros extraídos de la naturaleza. *El negro de humo* es un pigmento compuesto de carbono que se obtiene mediante la combustión incompleta de grasas, maderas y plantas. El negro de *marfil*, conocido desde el antiguo Egipto, se obtiene a partir de la calcinación y trituración de huesos. Existen alrededor de cincuenta tonos de negro. No existe el negro absoluto. El color negro más negro del mundo es puro a un 99,5%. Aunque, repetimos, el negro no es exactamente un color: es lo que vemos cuando un objeto absorbe todas las longitudes de onda visible. El Diablo antes de ser rojo era negro. Las cubiertas de los autos antes de ser negras eran blancas, en un momento se tomó la decisión

de cambiarlas de color porque a la gente le molestaba que se mancharan. Negra con una calavera en el medio es la bandera pirata. Negra y roja es la bandera del anarquismo. Amarilla con una serpiente negra en el medio es la bandera del liberalismo. Las insignias de la *Schutzstaffel* y de los *Black Panthers*, eran negras. Negra es la templanza, la austeridad, la humildad, la elegancia. También el caos y la desesperanza. El negro es un color coaptado por el racismo, es una forma de unificar tonos de piel y transformarlo en un valor peyorativo. En 1828, el comediante estadounidense Thomas Rice, inventó el *Jump Jim Crow*, un baile y una canción, inspirados en otro baile y otra canción de un esclavo negro discapacitado llamado así, la canción y el baile fueron un éxito durante muchos años. En 1876, en Estados Unidos aparecieron las *Leyes Jim Crow*, basadas en el lema *separados pero iguales*, era una forma de segregar a las personas por sus colores de piel: había baños públicos para negros, asientos de colectivos para negros, filas de atención para negros. En Estados Unidos se utiliza la expresión *nigga*, de forma superficial, para referirse a una persona negra. Flannery O'Connor escribió *The artificial nigger* (El negro artificial) un cuento increíble que aparece en la película *American Fiction*, una obra maestra contra la corrección política de estos tiempos, una película que sirve para entender el revés de la historia y como la lucha contra la discriminación se transformó en un fenómeno de mercado. En Argentina el color negro es negro y a la persona de color de piel negra también se le dice negro. Existe la expresión negro de alma, aludiendo a que el conflicto no es con el color de la piel sino con una serie de gestos, comportamientos, costumbres y orígenes. Maradona sería, para muchas personas, un negro de alma. Hay una creencia muy fuerte que identifica el alma con el color blanco y la pureza, esa creencia no cree en las contradicciones. Argentina es y no es negra. Argentina es una contradicción. Están los negros famosos: la Negra Sosa, el Negro Olmedo, el Negro Palma, el Negro Gamboa, el Negro Dolina, el Negro Oro, el Negro Fontanarrosa, el Negro Pablo de Okupas. Están los negros anónimos: el Negro, el ex compañero de fútbol, el ciclista del barrio, el amigo de papá, la Negra, la maestra de jardín de los chicos, la amiga que pasa a visitarte por tu casa para tomar unos mates cuando estás enferma, la prima lejana que se besó con tu mejor amigo esas vacaciones de 1998 en Villa Gesell. Las cosas que pasan de noche son negras. La noche es negra. El rincón de un boliche donde una pareja se come a besos a escondidas. El cielo estrellado que acompaña al colectivo de larga distancia por una autopista. Negro es el color de la música. En las partituras, las cabezas de las notas negras indican duraciones cortas, mientras que las blancas representan duraciones más largas. El gospel, el blues, el jazz, el rock, el punk, el rap, el tango, la cumbia son, en su amplio espectro, música negra. El ruido de las cadenas de los esclavos moviéndose. Los cantantes estadounidenses Beyoncé y Jay Z hicieron un videoclip en el Museo del Louvre donde buscaron personas de color negro que estuvieran escondidas dentro de cada obra. *Blackout* se le dice a la amnesia después del exceso de alcohol, también es el nombre del mejor libro escrito por la escritora argentina María Moreno. *Blackbird* es una de las canciones más lindas que compuso Paul McCartney, se la canta a un ave de plumas negras y pico amarillo, un mirlo, en una entrevista dijo que la escribió después de leer en un diario sobre los conflictos raciales en Estados Unidos. Kazimir Severínovich Malévich fue un pintor ucraniano de origen polaco que pintó la serie *El cuadrado negro*. Un cuadrado negro sobre un lienzo blanco sólo lo puede pintar un genio. En Texas, al sur de Estados Unidos, existe una capilla donde hay catorce pinturas de color negro del artista plástico

Mark Rothko. Son bloques de oscuridad para que personas de cualquier religión puedan ir a orar sobre sus matices: es un santuario a la diferencia. El arte es negro. Está el cine negro. *Fargo*, la película dirigida por los hermanos Cohen, estrenada en 1996, es una hermosa referencia de lo negro más allá del terror. Está la literatura negra. Edgard Allan Poe, entre tantas cosas, escribió *El gato negro* un cuento que trata sobre la historia de un asesino que confiesa el crimen de su mascota y su mujer con pinceladas sobrenaturales. Están las series negras. *The Wire*, dirigida por David Simon, ficciona lo negro mejor que cualquier serie de la historia. En un capítulo, un personaje del ghetto le dice a otro: "*El negro más peligroso del mundo es un negro con un libro en la mano*". Hay personajes y objetos negros que han pasado a la historia por su color. El sombrero y el bigote de Charles Chaplin, la barba del capitán Barba Negra, la capa y el auto de Batman, la máscara de Gatúbela. También hay personajes y objetos negros que se han olvidado para siempre. La bola 8 negra es la última que se mete en una partida de *pool* para ganar un partido. Si por accidente se mete antes, el equipo contrario es quien gana la partida. El bien no es negro. El mal, por contraposición, sí lo es. Los gatos negros, supuestamente, traen mala suerte. Las brujas usaban gorros puntiagudos de color negro. A las brujas las perseguían por nigromancia. Hay magia que es negra. El tiempo es negro y lo atemporal también. Los autos presidenciales son de color negro. Los vidrios polarizados de los autos presidenciales son color negro. El poder es negro. En las artes marciales el cinturón negro es el mayor rango jerárquico posible. Negra es la fuerza. El pasado es negro. Una atracción hacia lo que fue. El presente es negro. Un peso sobre el ahora. El futuro es negro. Un impuesto por la mañana. La cultura es negra. La televisión antes de ser a color, era en blanco y negro. El cine, antes de ser a color era en blanco y negro. La fotografía, antes de ser a color era en blanco y negro. El contraste entre el blanco y el negro no es único, pero pareciera serlo. Los daltónicos acromáticos ven la vida en blanco y negro. No tener plata para salir a comer a fin de mes es un mambo negro. No tener plata para comer es un terrible mambo negro. Que más de 8.600.000 niños y niñas en Argentina sean pobres pinta un panorama negro. Negra también es la fuerza por cambiar esta realidad. En un mundo donde todo tiende a la transparencia, lo blanco, lo impoluto, lo abierto, lo negro es sinónimo de revolución. Negro es un secreto. Lo negro en Argentina no es lo mismo que lo negro Francia, lo negro en Francia no es lo mismo que lo negro en Angola. La cocaína, a pesar de ser blanca, es totalmente negra. El narcotráfico, entendido como un síntoma social, es un agujero negro, algo que atrapa y no deja salir. Las contradicciones son negras. El pensamiento único no es negro. Las pesadillas son negras. El inomnio es un tinglado negro sobre el negro de la noche. La naturaleza es negra. La lluvia cuando cae sobre la tierra, hace barro, arma un charco profundo y negro. El fondo del océano seguramente es negro. El mar, el río, las montañas, los campos y todos los paisajes de noche son negros. Negra es la posibilidad para que las estrellas brillen y existan. Un ave macho, cuando abre sus alas en búsqueda de una ave hembra, forman un campo que absorbe la luz, eso hace que sus otros colores resalten y construyan una ilusión óptica, el negro hace brillar sus detalles. Negro es el erotismo. Las enumeraciones constantes sin orden aparente y contradictorias son negras. Escribir sin un fin más que escribir es algo negro. Todo puede ser negro pero a la vez no. Un concepto es una batidora donde se meten cosas, se aprieta un botón, se mezcla y sale algo con una nueva consistencia. Los sueños son negros. Negro es el deseo. Cuando cerrás los ojos, detrás de tu párpados, ¿qué color ves?



Andrés Mainardi nació en Rosario en 1996. Desde hace varios años se define como periodista cultural. Colabora con publicaciones escritas para medios digitales de Argentina y España. Coordina encuentros de lectura y escritura en formato virtual y presencial. "Analizantes: Nueve entrevistas sobre psicoanálisis contemporáneo" es su primer libro y tesina de grado en la Licenciatura en Comunicación (UNR).



PANORAMA NEGRO